

GRIEGO BÍBLICO NEOTESTAMENTARIO.
PANORÁMICA ACTUAL *

SUMMARY

In this Paper a critical View of recent Research (since II World War) on Biblical Greek (NT) is presented. The Author surveys, first, Works whose Aim is to determine the place of the greek NT into the Development of the greek Language. Secondly, general and particular relevant research on NT Grammar; Third, the semitical Background of the NT and its Problems; Fourth, Semantics and Lexicography; Fifth, Bearing of linguistic Studies upon NT textual criticism; Sixth, Beginner's Grammars and Paedagogic of the Greek NT Language; Spanish Contributions to it. The Paper ends with some Reflexions on general Results and Positions normally accepted. He points too to some Research Field yet unsufficiently explored.

§ 1. En 1938 publicó J. Vergote un excelente artículo, «Grec Biblique», en el *Dictionnaire de la Bible* de Vigouroux (Suplemento de Pirot), III, cols. 1320 ss. Esta monografía fue muy bien acogida por su claridad, abundancia de datos y excelente visión panorámica. Desde esta fecha, que sepamos, no se ha publicado ningún trabajo de conjunto que recoja los resultados de los últimos estudios, opiniones y avances en este campo del griego bíblico. En este artículo pretendemos llenar modestamente una parte de este

* El manuscrito se terminó el 10 de marzo de 1975.

huevo, ofreciendo al lector un resumen y una valoración de las aportaciones más importantes de filólogos y teólogos en este campo. Queremos restringirnos voluntariamente al griego neotestamentario sin adentrarnos, salvo accidentalmente, en el campo de los LXX¹. Este artículo no pretende, ni debe, tener visos de originalidad; su misión es informativa y crítica. Aceptamos, sin embargo, el riesgo de subjetividad que tal misión implica.

Ofreceremos, primero, una visión de los trabajos generales que han intentado situar y caracterizar en conjunto, directa o indirectamente, la lengua del NT dentro del marco de la lengua griega. En segundo lugar, pasaremos revista a los estudios gramaticales sobre la lengua del NT; en tercero, abordaremos la cuestión del trasfondo semítico del NT; en cuarto, problemas de semántica y lexicografía; en quinto, incidencia de los estudios lingüísticos en el establecimiento del texto del NT; en sexto, la enseñanza del griego neotestamentario. Concluiremos con unas breves reflexiones finales sobre resultados adquiridos, posturas generalmente adoptadas y posibles caminos por donde puede discurrir la investigación futura.

I. SITUACIÓN Y CARACTERIZACIÓN DE LA LENGUA DEL NT DENTRO DEL GRIEGO EN GENERAL

§ 2. En 1942 encontramos ya un primer intento metodológico que discute la situación del griego neotestamentario dentro del marco general de la lengua helénica. Se trata del artículo de J. Munck, «Deux Notes sur la langue du NT»². El autor se enfrenta, en primer lugar, con las obras de dos eruditos que intentan esclarecer las características peculiares de la lengua del NT a partir del griego moderno. En segundo lugar, aborda metodológicamente el

¹ Sería de desear que algún especialista completara esta panorámica con otra semejante ciñéndose a los LXX. Entretanto pueden consultarse los resúmenes periódicos de la *Theologische Rundschau*, primero a cargo de G. Bertram y luego de J. Wevers. Véase también *A Classified Bibliography of Septuagint* (Leiden, 1973) de S. P. Brock, Ch. E. Fritsch y S. Jellicoe. Véase en este mismo número el artículo de N. Fernández Marcos.

² *Classica et Medievalia* 5, 1942, 187 ss.; 6, 1944, 122 ss.

problema concreto de los semitismos. Dejaremos para el § 30 esta segunda parte.

Munck hace referencia al comienzo de su artículo a una traducción del NT al griego moderno coloquial, la obra de Alexander Pallis³. A esta versión acompañaban abundantes notas sobre caracteres del griego neotestamentario explicables a partir de la lengua vernácula de hoy. Como intento explicativo, opina Munck, es excelente. Pero las eruditas notas, elaboradas por un autodidacta a veces fantasioso, carecen de rigor científico. No pueden ser tomadas en consideración, por tanto. Ahora bien, como el camino es acertado, no cabe duda que sucesivas investigaciones podrán arrojar luz sobre el NT a partir del griego moderno⁴. Munck estudia a fondo, luego, la obra más importante aparecida hasta el momento en esta línea. Se trata de H. Pernot, quien ha desarrollado prolijamente la tesis de Pallis sobre todo en sus *Remarques sur les Évangiles* (Amsterdam, 1924) y en *Études sur la langue des Évangiles* (París, 1927). En ambas obras la idea directriz es idéntica: es necesario dominar el griego de hoy para comprender a fondo la lengua del NT. De lo contrario, se originan muchas interpretaciones, y traducciones, inexactas.

En orden a sustentar la idea de que el NT es el primer texto «neogreco» que poseemos, Pernot establece un orden estilístico entre los evangelistas según la influencia en ellos de la lengua coloquial o literaria del momento. Mc y Jn escribían como hablaban. Mt se aparta en algo de lo popular por su mayor esfuerzo estilístico. Lc ya no es del pueblo, pues adorna su lenguaje con adornos literarios conscientes. A pesar de ello, los evangelios son nuestro primer texto de griego moderno. Su lengua se encuentra mucho más cercana a la de hoy que, por ejemplo, el francés de Montaigne al actual. Para probar esta tesis, Pernot estudia comparativamente, respecto al griego de hoy, algunas particularidades del lenguaje lucano; el uso del infinitivo con ὄτι y ἵνα; el empleo de los pro-

³ Η ΝΕΑ ΔΙΑΘΗΚΗ ΚΑΤΑ ΤΟ ΒΑΤΙΚΑΝΟ ΧΕΡΙΓΡΑΦΟ ΜΕΤΑΦΡΑΣΜΕΝΗ ΑΠΟ ΤΟΥ ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΝ ΠΑΛΛΗ, Liverpool, 1910.

⁴ De los 5.400 vocablos, aproximadamente, del NT, más de 2.000 se utilizan hoy en la lengua hablada. 2.400 se entienden perfectamente aunque no se empleen. Del resto, sólo 500 palabras, aproximadamente, son absolutamente ininteligibles.

nombres relativos; el uso de εὐθύς, εὐθέως, παραχρῆμα, ταχύ, ταχέως, καὶ εὐθύς; la construcción καὶ ἐγένετο; el lavatorio de los pies en Jn 13, 1-20, etc.

Pero Munck no está de acuerdo con el intento explicativo de Pernot. Propone las siguientes objeciones: en su evaluación estilística Pernot parte de una solución al problema sinóptico (Lc escribía teniendo delante a Mateo) que no es correcta⁵; Pernot no conoce a fondo las lenguas semíticas; salvo algunos pasajes donde realmente se mejora la traducción, los resultados de la línea de trabajo de Pernot ya se encuentran en las gramáticas existentes del NT (F. M. Abel; Blass-Debrunner). La explicación del griego neotestamentario a partir del moderno carece de pruebas contundentes. Las novedades que aporta Pernot no se basan sobre un material suficientemente amplio como para ser aceptadas sin reservas. Por otra parte, cualquier lector percibe con claridad la diferencia entre el griego del NT y el moderno. Basta colocar en columnas paralelas el texto de cualquier edición y la traducción correspondiente de Pallis y cotejarlas. Una gramática del griego clásico nos ayuda perfectamente para entender la fonética y morfología del NT. En sintaxis no tanto, es verdad, pero sí lo suficiente. Por el contrario, una gramática del griego moderno (la de Pernot por ejemplo, argumenta *ad hominem* Munck) apenas si nos ilumina el texto del NT.

Por otra parte, continúa Munck, es un error imaginarse que Mc hablaba como escribía. Nadie lo hace. El estudio de los papiros, incluso los más vulgares, demuestra que la gente no escribía como hablaba⁶.

A pesar de estas duras críticas, Munck confía esperanzadoramente en futuros y profundos estudios⁷ sobre esta problemática realizados por filólogos que dominen tanto el griego clásico como el moderno (cf. § 33 G. S. Kapsomenos).

§ 3. Unos años más tarde, en 1951, H. S. Gehman publica el artículo «The hebraic Character of LXX Greek» (*VT* 1, 1951, 81 ss.). No intenta de ningún modo, como puede observarse por el título,

⁵ Cf. más adelante § 44.

⁶ Cf. H. A. Steen, «Les clichés épistolaires dans les lettres sur papyrus grecques», *Clas. et Méd.* 1, 1938, 122 ss.

⁷ Que nosotros sepamos, aún están por hacer.

abordar directamente nuestro problema. Pero sí hace, al final de su trabajo, unas reflexiones que se aplican también al griego del NT. Es claro, afirma Gehman, que en muchos casos el esqueleto y el vocabulario de los LXX son un puro calco del hebreo. El lenguaje de los traductores debió causar problemas a los griegos desconocedores de la mentalidad judía. Éstos, sin embargo, puesto que hablaban también griego, debían entenderlo perfectamente. En áreas bilingües, como Palestina, la separación de las dos lenguas, hebraico-aramea y griega no debió de ser perfecta. Y no cabe duda que esas lenguas semíticas debieron dejar algunas marcas en el lenguaje de los judíos grecoparlantes. Esto no implica necesariamente que existiera una jerga grecojudía (Jewish-Greek jargon), pero sí un tipo de griego con una impronta (cast) netamente semítica. Este lenguaje se empleaba y se entendía en círculos religiosos. Si la lectura de los LXX ofrecía sentido a los judíos helenísticos puede inferirse de ahí que existiese una especie de «grecojudío religioso», totalmente aparte del hebreo (p. 90)⁸.

§ 4. Las ideas de Gehman son recogidas expresamente por M. Black (cf. § 32) en su artículo «Second Thoughts IX. The Semitic Element in the NT» (*ExTimes* 77, 1965, 20 ss.). Allí se pregunta en un tono general «en qué clase de lenguaje se ha escrito el NT»⁹. Precizando las ideas de M. Wilcox (cf. § 36) y de N. Turner (cf. § 5), Black cree que los discursos de los Apóstoles de *Hechos* 1-15 fueron compuestos por Lucas en una especie de «grecojudío». Respecto al Apocalipsis, continúa, se ha afirmado que ha sido compuesto en «griego del mercado» (coloquial). Pero no cabe duda, opina, ¡que los individuos de ese mercado eran judíos! El Apocalipsis pertenece al estrato literario de ese grecojudío. Gran parte de los *logia* de

⁸ Lo que Gehmann no se ha atrevido a expresar en términos totalmente inequívocos lo ha hecho D. Hill (cf. § 42), «A special Greek with a pronounced Semitic cast used and understood in religious circles —a Jewish Greek— a vernacular 'Jews' Greek which may still have been current among Jews in NT Times» (*Greek Words*, etc.), p. 17. Con esta lengua, añadimos nosotros, habría ocurrido algo parecido a lo que sucedió con el árabe utilizado por los judíos en la Edad Media. Este lenguaje «arábigo-judío» tiene unas características especiales y es una fuente de importancia para conocer esa *Koiné* árabe llamada «árabe medio».

⁹ Ideas parecidas en su artículo «Semitismos del NT», en *Enciclopedia de la Biblia* (Ed. Garriga, Barcelona, 1965), 6, 1956, 594-596.

Cristo conservados en los evangelios sinópticos son «griego de traducción» a partir de fuentes arameas¹⁰ (cf. §§ 7.8). Ahora bien, como el «grecojudío» del NT pertenece a un círculo religioso especial con su ideología teológica particular —he aquí lo novedoso—, podríamos hablar de una especie de Koiné grecojudía que se utilizaba en la sinagoga. El «Sitz im Leben» ámbito vital, la matriz del griego del NT, sería la sinagoga helenística¹¹.

§ 5. El exponente máximo de esta línea interpretativa del carácter específico del griego neotestamentario es N. Turner, muy conocido por haber completado, tras casi cincuenta años de intervalo, el volumen III (Sintaxis) de la *Grammar of NT Greek* que iniciara en 1906 J. H. Moulton (cf. § 20). La idea central de Turner se encuentra espléndidamente plasmada en el título de su artículo de *Vetus Testamentum* 5, 1955, 208 ss.: «The Unique Character of Biblical Greek». Moulton¹² comenzó su gramática especialmente im-

¹⁰ Es decir, reflejan un original arameo traducido más o menos servilmente, al igual que la mayor parte de los LXX respecto al texto hebreo.

¹¹ A la misma conclusión llega A. Wifstrand (cf. § 27) en «Stilistic Problems in the Epistles of James and Peter», *Studia Theologica* 1, Lund, 1947-1948, 170-182: «el «hogar estilístico» de los autores de esas cartas es la sinagoga helenizada. Pero Wifstrand no está de acuerdo en llamar a este lenguaje «único» (cf. N. Turner § 5), aunque sea una koiné que no encaje dentro de las categorías de «vulgar», ni estrictamente «literaria» ni «semitizante».

¹² Siguiendo a A. Deissmann (*Bibelstudien* y *Neue Bibelstudien*, Marburg, 1895; 1897), más *Licht von Osten* (1.ª ed. de 1906, 4.ª de 1927, Tübingen) y A. Thumb, *Die Griechische Sprache im Zeitalter des Hellenismus. Beiträge zur Geschichte und Beurteilung der Koine*, Estrasburgo, 1901. Deissmann imprimió un ritmo nuevo y definitivo a los estudios de griego bíblico. Durante siglos, éstos habían estado perdidos en una estéril discusión entre «puristas» (el griego del NT es verdaderamente puro, aunque adornado con algunas «perlas» de sabor semítico: Teodoro de Beza) y «hebraístas» (la lengua de los apóstoles —el NT— es «impolita et incondita, verum etiam imperfecta et perturbata, aliquoties plane soloecissans»: Erasmo) (cf. para una relación detallada de esta disputa el artículo de J. Vergote, citado en § 1). Deissmann descubrió un enorme parecido entre la lengua del NT y la de los papiros egipcios. Desde ese momento, el NT dejó de ser una lengua «especial», aislada del resto del griego y fue considerada como un espécimen de koiné popular. A. Thumb (*op. cit.*) completó la labor de Deissmann —dedicada sobre todo a la lexicografía— con un análisis de la sintaxis. Moulton dio más cuerpo aún a esta nueva corriente en su *Grammar of the NT Greek* (cf. *supra*), considerada aún hoy día como la más completa. Las ideas de Deissmann-Thumb-Moulton se plasman en 1925 en otra gramática clásica, la *Neutestamentliche Grammatik* de L. Radermacher (Tübingen). En 1947 en el amplio artículo «Koiné» (*Sitzungsber. der Ak. Wiss. Wien phil. hist. Klasse*, vol. 5 del núm. 224, 1 ss.) continúa defen-

presionado por la gran semejanza existente entre el lenguaje del NT y el de los papiros. Los estudios prolongados de Turner le llevaron a separarse de esta línea y a la conclusión de las profundas disimilitudes entre los dos. El carácter fuertemente semitizante del NT y otros rasgos peculiares hicieron que este griego fuera entendido profundamente sólo por los judíos. Era un lenguaje diverso, en muchos aspectos, al de las corrientes principales de la Koiné.

El griego del NT sería, pues, una lengua especialísima y *sui generis*. En la densa *Introduction* a su *Sintaxis* (p. 2) afirma Turner: «he tratado de exponer consistentemente la casi completa ausencia de standars clásicos en casi todos los autores del NT». El griego bíblico es «un lenguaje único» (p. 4) con una unidad y carácter propios. La idiosincrasia de la sintaxis neotestamentaria es patrimonio común, en mayor o menor grado, de casi todos los escritores del NT, ya estuvieran traduciendo un original semítico o no (p. 5). Existe una igualdad de semejanza entre todas las obras bíblicas que las sitúa en una posición aparte del griego literario contemporáneo. Además, otros libros de la época, también de tono religioso y con fuentes subyacentes semíticas, participan de este carácter especial en diverso grado. Escribe Turner en la p. 9:

No pretendo otra cosa con la enumeración de tales ejemplos que probar el carácter semítico fortísimo del griego bíblico. Me parece que su notable unidad tiene importancia especial en una época en la que muchos buscan un camino de retorno a la Biblia como libro pleno de vida y vuelven a airear otra vez la cuestión del 'idioma del Espíritu Santo'.

Ha sido necesario el lapso de más de media centuria, opina, para valorar los descubrimientos de Deissmann, Thumb y Moulton y situarlos en su verdadera perspectiva. Hoy tenemos que conceder que no sólo los temas de la Biblia son únicos, sino también el len-

diendo su tesis que encabezaba el subtítulo de su *Grammatik*: «el griego del NT en el contexto del lenguaje popular». Radermacher opina que cada escritor de la koiné es tan peculiar que no puede confeccionarse una gramática general. Cada autor necesita la suya. Este amplio artículo profundiza nuestro conocimiento de la koiné. En este aspecto ayuda indirectamente al estudio de la lengua del NT. Afirma, en la p. 5, que en la koiné del NT se muestra un influjo hebreo y arameo. Este se plasma en expresiones *no prohibidas en griego*, aunque infrecuentes en producciones que no llevan la marca de este colorido especial.

guaje en el que se escribió o tradujo. Todo esto queda claro para quien quiera verlo. Hoy surgen nuevas cuestiones, por ejemplo si tal lenguaje bíblico es «la criatura de una hora y un instrumento *ad hoc* para un propósito particular o si fue también una lengua hablada, algo más que una traducción servil de estructuras semíticas, es decir, una influencia permanente y un desarrollo importante en la lengua» (*ib.*).

Aunque Turner no lo afirme expresamente, sus opiniones propenden a creer en la existencia real de un «grecojudío» (cf. antes). Este «dialecto» sería hablado presumiblemente por los habitantes de Palestina. Su lengua madre era el arameo, pero entre ellos el griego era moneda corriente, aunque troquelada por esquemas de su lengua nativa.

Ya en 1955, en el artículo de *VT* arriba citado, intentaba Turner probar sus afirmaciones con estadísticas¹³ y con paralelos de otros escritos compuestos también en esta lengua especialísima. El apócrifo *Testamento de Abrahán* es un excelente ejemplo de este grecojudío¹⁴. Pero el carácter único del griego neotestamentario se manifiesta no sólo en usos sintácticos, como hemos argumentado hasta ahora, sino también en el léxico. Turner defiende este punto de vista once años más tarde en el artículo «Jewish and Christian Influence on NT Vocabulary» (*NT* 16, 1974, 149-160). Debido al influjo de la religión del AT y a la proclamación del evangelio, antiguas palabras

¹³ Por ejemplo: a) el uso de ἐκεῖνος ya como vocablo independiente ya en uso atributivo. En los papiros, la proporción en el uso «independiente» es de 13 a 15. En los LXX, de 1 a 25 (media); en algunos libros, de 1 a 50; en el NT, de 1 a 5; b) la posición de ἕνεκα. En papiros y Polibio la relación anterior-posterior es de 2 a 4; en gr. bíblico, de 8 a 1; c) uso de πᾶς más substantivo en las cuatro posibles posiciones: I, πᾶς ἄνθρωπος; II, πᾶς ὁ ἄνθρωπος; III, ὁ ἄνθρωπος πᾶς; IV, ὁ πᾶς ἄνθρωπος. Resultado: en los papiros, una gran abundancia de III a expensas de II; en griego bib., justamente al revés, etc. Para otros datos de curiosas contraposiciones, cf. las páginas 2-8 de su *Syntax*.

¹⁴ Especialmente influenciado por la sintaxis y léxico hebreo. Tanto es así, que Turner sospecha, al menos para la recensión B, una «Vorlage» hebraica. Rasgos sintácticos destacados por Turner en «The Testament of Abraham. Problems in Biblical Greek», *NTS* 1, 1954-1955, 219 ss.: participios redundantes como ἀναστάς; ἀποκριθεῖς; construcciones con καὶ ἐγένετο; εἶπεν + acus. de objeto indirecto; parataxis excesiva; posición del verbo en primer lugar de la frase; pronombres personales redundantes; ὅτι recitativo; frases preposicionales con πρόσωπον, etc. Compárese con nota 74.

de la Koiné y de los LXX adquirieron una vitalidad nueva. A la vez, otras palabras fueron acuñadas originalmente en el griego del NT¹⁵. La influencia religiosa ha revolucionado el lenguaje, si es que no ha creado de hecho un nuevo dialecto (cf. § 40). Esto parece más plausible aún cuando consideramos conjuntamente los cambios semasiológicos y los sintácticos. Indudablemente, opina Turner (p. 160), la consideración de las particularidades del NT habrá de dejar constancia de la singularidad del vocabulario griego de la Biblia cristiana. Esto hará que el exegeta sea más prudente ante las tentaciones de rechazar los nuevos significados¹⁶ y apoyarse en demasía en los paralelos profanos.

§ 6. Como es natural, las reacciones de escepticismo —en general moderado— contra las posiciones de Turner no se hicieron esperar. Son palpables ante todo en las recensiones a su *Syntax*¹⁷.

Como reacción típica basta señalar el artículo de E. V. McKnight «Is the New Testament written in 'Holy Ghost' Greek?» (*The Bib. Trans.* 16, 1965, 87 ss.). Turner exagera, opina el autor, al considerar el griego bíblico como «lenguaje único», es decir, relativamente poco relacionado con el desarrollo histórico anterior del griego y con poca influencia posterior. Es verdad que tenemos pocas fuentes antiguas para comparar con el NT. Pero lo que existe no puede ignorarse. Sobre todo el hecho de que muchos rasgos «semíticos» existen en el griego moderno. Si se compara a Pablo de Tarso con Platón per-

¹⁵ Palabras, por ejemplo, exclusivas de la nueva religión: ἀγάπη y ἐπιούσιος, etcétera. Vocablos tomados de los LXX: ἀγαθωσύνη; αἵνεςις; λυτρωτής κτλ., o que varían de significado, también por influjo de los LXX: δόξα, διαθήκη como «alianza», εἰρήνη con el significado pregnante del *shalom* hebreo. Variedad nueva e inusitada de compuestos, por ejemplo, sobre εἶδωλον: εἶδωλειον, εἶδωλόθουτον. Vocablos transliterados directamente del arameo: ἄββα, etc. Términos estrictamente técnicos como ἀκροβυσσι(α); ὀλοκαύτωμα, etc. Pero cf. las precisiones de M. Silva, § 37.

¹⁶ Cf. F. W. Gingrich, «The Greek NT as a Landmark in the Course of semantic Change», *JBL*, 73, 1954, 189 ss.: importancia del estudio del NT en los cambios semánticos dentro del griego por dos razones: 1.ª, por la gran cantidad de energía religiosa de los primeros años del Cristianismo, que condujo a cambios semánticos (cf. en contra J. Barr § 40); 2.ª, porque el NT es uno de los principales documentos de la Koiné. Ilustra por ello también muchos cambios semánticos que no están relacionados con su propósito religioso central.

¹⁷ Como muestra, véase la de J. Merle Rife en *JBL* 82, 1963, 349 ss.

cibimos una gran diferencia. Pero cambiaremos de opinión si lo cotejamos con Epicteto. ¿Existe realmente alguna indicación de que debamos considerar la lengua del NT como creación única? o ¿tenemos pruebas de que tal lenguaje debe colocarse entre los usos variados del griego en el siglo I de nuestra era? Si existiera una prueba interna, conclusiva, del carácter único del NT, lo que se extrajera de los textos mismos bastaría para probar tal asección. Pero si posemos pruebas externas (la comparación con Epicteto, etcétera, cf. § 10) de que la lengua del NT no es creación única, lo que deducimos de los documentos mismos del NT no es argumento suficiente para hacernos concluir que tal lenguaje es único. No existe ni sombra de un posible «griego del Espíritu Santo»¹⁸, entre otras razones porque no existe una coherencia entre los autores del NT. Sus posibles rasgos comunes se deben a cierta influencia semítica, y a la unidad, dentro de la variedad, de una misma lengua común hablada en muy diversos lugares del Imperio Romano. Cuando se compuso el NT no se escribió como un «libro sagrado». El NT nació de las necesidades mismas de la comunidad cristiana y se expresó en el lenguaje de ésta (¡recordemos, por ejemplo, las cartas de Pablo!)¹⁹.

§ 7. Esta reacción nos hace percibir claramente la complejidad del problema. Intentar catalogar tajantemente la lengua del NT es difícil puesto que existen puntos de apoyo para las teorías más dispares. En 1960 R. A. Martin se preguntaba si podían establecerse

¹⁸ Recordemos que Turner no lo afirma *expressis verbis*. Pero sus ideas sirven de recio apoyo para quienes se sienten hoy atraídos por las opiniones de H. Cremer. Éste pensaba que la lengua del NT era una creación especial del Espíritu Santo, a base de un griego ya existente, con la intención exclusiva de plasmar en ella el mensaje de la revelación cristiana. Así en *Biblico-Theological Lexicon of the NT Greek*, Edinburgo³, 1880, IV y IX (trad. de la edic. alemana *Wörterbuch der neutestamentlichen Gräcität* (Göttingen⁷, 1893). Cf. § 40 al final.

¹⁹ Cf. del mismo autor «The New Test. and 'Biblical Greek' (Ad eius 'Unique Character': Turner's Syntax, p. 109)», *JBL* 34, 1966, 36-42. Turner, opina, no tiene pruebas suficientes. Es un supuesto *a priori* que la lengua de los LXX sea, en muchos aspectos, diversa de la koiné. Turner no prueba que el griego del NT sea igual al de los LXX. Considerar al NT como una unidad es un error.

criterios objetivos para detectar el «griego de traducción»²⁰. La diferencia entre este tipo de lengua y el griego genuino, escrito por nativos griegos, opina Martin, se percibe mejor en la frecuencia o infrecuencia relativa de una expresión idiomática que en la mera ocurrencia o no de tal tipo de expresión. Y esto es especialmente verdadero en el caso de las preposiciones. El griego de traducción tiende a veces a usarlas con mayor profusión que el griego genuino. Ya es un dato. Pero más interesante aún es la frecuencia relativa en el uso de las preposiciones. Tal empleo caracteriza al griego de traducción por oposición al genuino. Martin toma como base en el autor a estudiar la utilización de ἐν. Esta preposición es la más usada en el griego de traducción.

Tras efectuar un estudio detallado del empleo de *otras* preposiciones, tabula los resultados en tantos por ciento, proporcionalmente al uso de ἐν, en libros de los que nos consta con certeza que son «griego de traducción» (*Génesis, Éxodo* de los LXX, etc.) y griego «genuino» (*Tucidides o Jenofonte*, por ejemplo). El resultado es el siguiente: siempre que la proporción relativa de uso de ciertas preposiciones sea igual o menor que los de la siguiente tabla, estamos ante un caso, muy probablemente, de griego de traducción (ἐν empleado 100 veces = 1):

διὰ + gen.: 0,11
 διὰ + acus.: 0,19
 εἰς: 0,79
 κατά + acus.: 0,24
 κατά + otros casos: 0,27
 περί con todos los casos: 0,28
 πρὸς + dativo: 0,025
 ὑπό + gen.: 0,13.

Con ello obtenemos un criterio objetivo para emplearlo en textos de los que dudamos si pertenecen o no a esa categoría de «griego de traducción». Así, por ejemplo, una aplicación parcial al NT presenta la siguiente perspectiva:

²⁰ Cf. nota 10. «Some syntactical Criteria of Translation Greek», VT 10, 1960, 295 ss. El «gr. de traducción» no sería koiné genuina, naturalmente.

	διά		εις	κατά		περί	πρός	υπό
	<i>gen.</i>	<i>total</i>		<i>acus.</i>	<i>total</i>	<i>total</i>	<i>dat.</i>	<i>gen.</i>
Máximo de frecuencia de Gr. de traducc.	0,11	0,19	0,79	0,24	0,27	0,28	0,025	0,13
Mateo entero	0,076	0,17	0,72	0,07	0,12	0,09	—	0,086
Mt 5, 1-7, 28	0,05	0,075	0,5	0,075	0,13	—	—	0,05
Mt 13	0,043	0,30	0,5	—	—	—	—	—
Mt 24-25	0,037	0,15	0,5	—	—	0,037	—	—
Lucas entero	0,41	0,46	0,63	0,10	0,10	0,12	0,03	0,079
Lc 1, 5-2, 52	0,015	0,045	0,47	0,20	0,20	0,11	—	0,076
Juan entero	0,53	0,71	0,86	0,037	0,05	0,32	0,012	0,014
Jn 14-16	0,032	0,13	0,26	—	—	0,26	—	0,016
Hechos entero	0,18	0,25	1,1	0,28	0,34	0,24	—	0,15
Hechos 7	0,026	0,026	0,42	0,026	0,026	0,026	—	—
Hechos 1-12	0,16	0,22	0,65	0,13	0,17	0,11	—	0,032

	διά		εις	κατά		περί	πρός	ὀπό
	<i>gen.</i>	<i>total</i>		<i>acus.</i>	<i>total</i>	<i>total</i>	<i>dat.</i>	<i>gen.</i>
Máximo de frecuencia de Gr. de traducc.	0,11	0,19	0,79	0,24	0,27	0,28	0,025	0,13
<i>Hechos entero</i>	0,18	0,25	1,10	0,28	0,34	0,24	—	0,15
He 14, 10-17	—	—	7	—	—	—	—	1
He 20, 5-15	—	—	1,25	—	—	—	—	—
He 21-1-18	1	1	17,0	—	—	—	—	—
He 17, 28, 16	—	0,40	3,0	1,80	2	—	—	0,40
He 9, 1-29	0,067	0,067	0,73	—	—	0,067	—	—
He 22, 3-21	—	—	1,6	0,60	0,6	0,80	—	0,40
He 26, 9, 20	—	—	1,40	0,40	0,4	—	—	—

Resulta sumamente interesante la aplicación del sistema hecha por el autor a los pasajes «nosotros»²¹ de los *Hechos* y a los tres relatos de la conversión de Pablo (p. 135):

De este cuadro parece deducirse que los pasajes «nosotros», donde es probable que el autor no dependa de fuentes semíticas, escribiera en griego «normal». Los versículos 9, 1-29 de los *Hechos*, por el contrario, podrían tener como trasfondo un original semítico que narraba la conversión de Pablo. Serían, pues, «griego de traducción».

El autor, empero, no concede fuerza apodíctica a estos gráficos. Como complemento hay que estudiar de igual modo otros fenómenos sintácticos. Pueden lograrse así líneas convergentes de pruebas. Otros dos fenómenos sintácticos a considerar serían, por ejemplo: a) la frecuencia del infinitivo articular con las preposiciones ἐν, μετά y διὰ; b) la posición de la frase preposicional atributiva.

Ilustremos el caso con a). Si analizamos en ambas clases de griego la frecuencia relativa de las diversas preposiciones más el infinitivo, aparecerá claramente que en «griego de traducción» ἐν y μετά acumulan las frecuencias más elevadas, mientras que en griego «genuino» su empleo es mucho menor. Por el contrario, la preposición διὰ es una de las más frecuentes en obras compuestas originariamente en griego, pero es mucho menor su uso en «griego de traducción». El autor obtiene así la tabla siguiente:

	<i>Gen.</i>	<i>Jer.</i>	<i>Eclo.</i>	<i>AT</i> <i>entero</i>	<i>II Mac.</i>	<i>IV Mac.</i>	<i>Pap.</i>	<i>Polibio</i>
ἐν	2	2	1	1	—	—	12	11
μετά	1	2	2	2	—	—	12	8
διὰ	6	5	—	5	1	2	1	1

en los que los números de cada columna indican la frecuencia relativa del uso de la preposición con el infinitivo articular en el

²¹ Donde el autor pasa repentinamente de una narración en 3.^a persona a la 1.^a del plural.

escrito en cuestión (1 significa «muy frecuente»; 12, «lo menos frecuente») (p. 309)²².

§ 8. Poco más tarde, en 1961, se plantea J. Ch. Doudna (*The Greek Gospel of Mark*, Filadelfia) el mismo problema del griego de traducción. Se pregunta: ¿es verdadera koiné el griego de Mc? Para responder, Doudna efectúa una comparación del lenguaje de Mc con el ático, los LXX, papiros y el griego moderno. De su estudio se deduce que existen 60 particularidades de la lengua del evangelista que difieren claramente de los *standars* áticos. De ellas, 39 se encuentran atestiguadas en los papiros o son análogas a formas del griego moderno y 21 no. Para estas últimas busca Doudna una posible explicación: a) algún uso helenístico especial no atestiguado en los papiros; b) particularidades estilísticas propias de Mc que sólo en apariencia difieren del ático; c) septuagintismos; d) semitismos primarios o traducciones literales de un original arameo; e) semitismos secundarios o construcciones permisibles en griego, pero exageradas en su frecuencia de aparición por influjo del arameo; f) semitismos de tercer grado, o construcciones griegas perfectamente plausibles, pero que traicionan un hábito de pensar semítico.

El autor supone que el haber usado Jesús y sus discípulos el arameo hace inevitables *a priori* una cierta influencia semitizante en el griego del evangelista. Tras un examen de las posibilidades a) a f), concluye que en los *logia* auténticos de Jesús es *plausible* el «griego de traducción» (p. 132). En los pasajes narrativos lo más verosímil es lo siguiente: los oyentes fueron personas bilingües que tradujeron inmediatamente al griego lo que habían oído en arameo.

²² La distribución de frecuencias respecto a la posición de la frase preposicional atributiva es, en síntesis, la siguiente [téngase en cuenta que a) = entre el artículo y el nombre al que modifica (griego genuino); b) = después del nombre al que modifica (gr. de trad.)]. En los papiros (tomado de E. Mayser, *Grammatik der griechischen Papyri aus der Ptolemäerzeit*, Berlín, 1906-1934), siglo III a. C.: la proporción de a) = 72 de 97 casos. Siglos II a. C. - I d. C. = 6 de 201 casos. En los LXX: *Gn-Ex-Jr* (gr. de tr.) = a) no aparece nunca; b) frecuentemente. Por el contrario, en II-IV Macabeos (griego genuino), la posición a) es lo normal; b) muy infrecuente. Otro interesante trabajo del mismo autor, «Syntactical Evidence of Aramaic Sources in Acts I-XV», *NTS* 10, 1964, 38 ss. El autor estudia la frecuencia de *καί*, de las preposiciones y artículos. Sus conclusiones apoyan la tesis de fuentes semíticas subyacentes a esos capítulos (p. 59). Cf. en contra A. W. Argyle, «The Theory of an Aramaic Source in Acts 2, 14-40», *JThS* 4, 1953, 213 s.

Esta versión griega llegó ya así a manos del evangelista. En conclusión: no existe ningún argumento apodíctico que incline satisfactoriamente la balanza en pro o en contra de la hipótesis del «griego de traducción» para el conjunto de Mc. Es más verosímil, quizás, lo contrario. Los que defiendan, por tanto, la primera postura han de presentar las pruebas más contundentes. La hipótesis de un original arameo para el tercer evangelio queda aún en el aire.

El estudio de Doudna es meritorio en sí, pero no aporta apenas nada nuevo. Es notable su falta de uso y mención de la bibliografía más elemental. Por ello sus argumentos no quedan contrastados con el de personas muy autorizadas (M. Black, por ejemplo, cf. § 32), con lo que pierden en valor.

§ 9. En 1962 E. C. Colwell, muy estimado por sus estudios de metodología de crítica textual neotestamentaria, repite en su artículo «The Greek Language» del *Interpreter's Dictionary of the Bible* (Nueva York, II 479-487) unas ideas ya expresadas en 1931 en su libro *The Greek of the Fourth Gospel* (Chicago). Con él pretende ofrecer una réplica a las tesis de C. C. Torrey²³ y C. F. Burney²⁴.

²³ «The Aramaic Origin of the Cospel of John», *HThR* 16, 1923, 305 ss. (Respecto al conjunto de los evangelios, *The Four Gospels. A New Translation*, Nueva York, 1933, donde propone la retrotraducción al arameo de múltiples pasajes evangélicos.)

²⁴ *The Aramaic Origin of the Fourth Gospel*, Oxford, 1922. Ambos autores son los principales representantes de la teoría de que los evangelios actuales griegos son una traducción, más o menos fidedigna, de unos originales arameos que circularon anteriormente. Cf. más recientemente los artículos de J. de Zwaan, «John wrote in Aramaic», *JBL* 57, 1938, 155 ss.; E. J. Goodspeed, «The posible aramaic Gospels», *JNES* 1, 1942, 315 ss.; A. T. Olmstead, «Could an Aramaic Gospel be written», *JNES* 1, 1942, 41 ss.; D. Daube, «Concerning the reconstruction of 'The Aramaic Gospels'», *BJRL* 29, 1945, 3 ss.; S. I. Feigin, «The Original Language of the Gospels», *JNES* 2, 1943, 187; J. M. Grintz, «Hebrew as the Spoken and Written Language in the last Days of the Second Temple», *JBL* 79, 1960, 404 ss. y por último el «survey» informativo de S. Brown, «From Burney to Black: The Four Gospel and the Aramaic Question», *CBQ* 26, 1964, 322. El autor comienza desde 1902. Noticias correspondientes a la época que tratamos están también incluidas en nuestro texto. De los autores citados apoyan la tesis de Burney de Zwaan, Olmstead y Feigin (en parte, en oposición a Goodspeed). Grintz apunta hacia la posibilidad de que Mateo se compusiera originalmente en hebreo, no arameo. Goodspeed admite un evangelio arameo *oral*, no escrito (sus argumentos son parecidos a los de Colwell) y Daube critica detenidamente una serie de pasajes en los que Torrey (cf. además *The Four Gospels*, Nueva York, 1933) ve una serie de malas traducciones del arameo y concluye que ésta fue la lengua original de los evangelios. También restringido al cuarto evangelio, pero en la misma línea de

En la introducción a su libro de 1931 esboza Colwell los sistemas que siguen los eruditos para fijar el carácter de la lengua del cuarto evangelio: a) Comparar el griego del evangelista con el «normal». Todo lo que difiera de la estructura de éste se atribuye inmediatamente al arameo de las fuentes. Así, una construcción griega correcta, aunque infrecuente, abundantemente representada en aquella lengua semítica, es griego arameizante. b) Comparar directamente la lengua de Jn con el arameo. Todo lo que se parezca a esto, o recuerde una construcción de la literatura semítica de la época de Jesucristo o anterior, es un aramaismo.

Colwell propugna y sigue un método diverso. Compara la lengua evangélica con textos no sospechosos de influencia semitizante: Epicteto, papiros de época imperial y griego clásico. Su resultado: sólo un pequeñísimo número de los pretendidos aramaismos del cuarto evangelio quedan como tales²⁵, es decir, sin representación en los paralelos estudiados. Colwell deduce de ello las consecuencias. ¡De ningún modo se puede hablar de griego semitizante cuando en un 90 % tales pretendidos aramaismos han sido hallados en otra clase de griego! El 10 % restante no prueba la tesis contraria. No basta establecer, como principio metodológico, la necesidad *a priori* de la existencia de construcciones no griegas en un material que debió circular originariamente en arameo. Por el contrario, metodológicamente, se debe exigir, primero, una prueba radical de que tal construcción no existió en griego ni encuentra un puesto en la evolución general de la lengua²⁶ y en segundo lugar, traer a colación el paralelo semítico y demostrar que tal forma es verosímil en el

Colwell, hay que reseñar el artículo de J. Bonsirven, «Les aramaismes de S. Jean Evangeliste», *Biblica* 30, 1949, 405 ss. Da la vuelta al argumento de Torrey y Burney: encontramos en el 4.º Ev. palabras y expresiones griegas no derivadas de un original arameo traducido literalmente. Sí existen semitismos en el Ev. de Jn, pero se deben a un escritor griego que quiso dar «color local» a su evangelio (cf. también § 47).

²⁵ Colwell considera como griego genuino algunos de los semitismos «incontestables». Por ejemplo, el uso del presente histórico es tanto griego como arameo. En los LXX se emplea incluso donde no existe un participio hebreo para traducir.

²⁶ W. Bauer insiste en lo mismo, aunque en el campo de los vocablos aislados. El número de «voces biblicae» estrictas ha disminuido muchísimo con el correr de la investigación. Cf. su artículo «Zur Einführung in das Wörterbuch zum Neuen Testament», reproducido en la introducción de su Diccionario (cf. nota 86) adaptado al inglés por Arndt-Gingrich, p. XVII.

arameo hablado por Jesucristo. Como conclusión general de su artículo (cf. *supra*), Colwell opina que el griego del cuarto evangelio es koiné auténtica de los dos primeros siglos de nuestra era. Igualmente la del resto del NT. Su calidad, empero, varía según el plausible influjo semítico de cada autor en particular.

§ 10. En 1967 vio la luz uno de los intentos más originales en este debate sobre el enmarque general del griego neotestamentario. Se trata del libro de L. Rydbeck, *Fachprosa, vermeintliche Volkssprache und NT. Zur Beurteilung der sprachlichen Niveauunterschiede in nachklassischen Griechisch* (Act. Univ. Upsala). Existe la tendencia entre los tratadistas de la lengua neotestamentaria, afirma Rydbeck, a calificar de «coloquial», «vulgar» o «semitizante» ciertas manifestaciones de este lenguaje que no son áticas. Esta clasificación debe su origen a no haber examinado la lengua de cierto tipo de autores, sin pretensiones literarias, es verdad, pero cuyas obras no pueden de ningún modo etiquetarse como «coloquiales». Así, por ejemplo, los escritores científicos, sobre todo los tratadistas de medicina.

Rydbeck efectúa algunos sondeos comparando la lengua del NT con la de algunos autores científicos como Dioscórides (farmacólogo), Ptolomeo (astrónomo), Nicómaco (matemático), Dídimo (filólogo) y Herón (técnico). Estudia en concreto los puntos siguientes: $\delta\mu\omicron\iota\omicron\varsigma$ más genitivo; expresiones peculiares de tiempo como $\pi\rho\delta\ \delta\acute{\upsilon}\omega\ \acute{\omega}\rho\omega\acute{\nu}\ \tau\eta\varsigma\ \acute{\epsilon}\pi\iota\beta\omicron\lambda\eta\varsigma$; sintaxis de la comparación; $\delta\delta\epsilon$ con significado normal y con el valor especial de «éste» o «el otro»; confusión de $\delta\varsigma$ y $\delta\sigma\tau\iota\varsigma$; omisión de $\acute{\epsilon}\acute{\alpha}\nu$ tras $\acute{\epsilon}\omega\varsigma$; $\beta\alpha\sigma\tau\acute{\alpha}\zeta\epsilon\iota\nu$ en el sentido de «soltar», no de «llevar»; el uso de $\pi\alpha\rho\alpha\chi\rho\eta\mu\alpha$, $\epsilon\acute{\upsilon}\theta\acute{\epsilon}\omega\varsigma$ y $\epsilon\acute{\upsilon}\theta\acute{\upsilon}\varsigma$, etc.; la tercera persona del plural con significado impersonal. Rydbeck encuentra que este tipo de «semitismos» o «vulgarismos» del NT se halla ampliamente representado en esta clase de autores. De un análisis comparativo concluye que la lengua del NT es semejante a la de estos escritores. Para este tipo de prosa Rydbeck acuña el término «Zwischenprosa». Es decir, koiné *standard* escrita, prosa científica (*Fachprosa*), no aticista, sin pretensiones literarias y sucesora del dialecto científico jonio. Se trata de un lenguaje claro y llano, un medio de comunicación especializado.

Este tipo de prosa no encaja tampoco en la división tradicional de «literaria» o «no literaria». Es un tercer tipo. Sus representantes son los papiros de un nivel cultural medio, la literatura popular filosófica, los escritores científicos y el NT. Esta coincidencia de estilo entre autores tan dispares se justifica, quizás, porque la asistencia a la escuela en la época imperial marcó con una impronta general a los escritores de la época.

Al situar el lenguaje del NT en este nivel, Rydbeck descarta de hecho una serie de bastiones de la tesis del «idioma semitizante». Continúa con ello, en el fondo, la línea de Deissmann, Thumb y Moulton, aunque modificándola sustancialmente. En efecto: ya no puede clasificarse al griego del NT, y la mayoría de los papiros, como «koiné vulgar» según afirmaron aquellos pioneros. Es incluso una pretensión inútil intentar recobrar el griego «popular» a partir de los papiros y el NT. Éstos son testimonios escritos y, por tanto, elaborados.

La tesis de Rydbeck es sugestiva, pero se topa realmente con un buen número de dificultades. El NT no puede ser tomado como una unidad, ni situado en bloque en un género. Ciertas piedras de toque estilísticas, como el uso del presente histórico, el empleo del optativo, del infinitivo de futuro, del participio, amén de ciertas particularidades en el empleo de $\tau\epsilon$ hacen que —en todo caso— se pueda hablar de una cierta unidad dentro de una escala más amplia que la propuesta por Rydbeck. Por otro lado, es ir quizás demasiado lejos el negar en Lucas, por ejemplo, ciertos adornos del lenguaje estrictamente literario²⁷, aunque esto sea verdad, sin duda, para Marcos y Juan.

²⁷ Cf. E. Plümmacher, *Lukas als hellenistischer Schriftsteller. Studien zur Apostelgeschichte* (Göttingen, 1972): el libro de los *Hechos* tiene muchos puntos de contacto con la literatura helenística. Lucas puede incorporarse perfectamente a la lista de autores literatos de esta época. Su imitación de los LXX se encuadra dentro del artificio de la *mimesis* (cf. § 27) tal como la practicaron en otros campos Dionisio de Hal., Caritón de Afrodisia, o Aquiles Tracio (pp. 50-61). E. K. Simpson, *Words Worth Weighing in the Greek NT*, Londres, 1946. El autor estudia un buen número de vocablos significativos del NT que no reciben luz de los papiros, pero sí del uso en los textos literarios helenísticos. N. Turner, «The Literary Character of NT Greek», *NTS* 20, 1974, 107 ss. Al volverse a acentuar la posición deissmanista, opina, no podemos pasar por alto los elementos literarios del NT que lo sitúan a un nivel superior al de los papiros. En ortografía, declinación correcta de nombres y adjetivos, flexión

§ 11. Quizás el crítico más pausado de la tesis de Rydbeck haya sido E. Pax, en su artículo-reseña «Probleme des neutestamentlichen Griechisch» (*Biblica* 53, 1972, 557-564). Pax observa en el libro de Rydbeck falta de base suficiente. Los ejemplos aludidos, opina, son buenos (por ejemplo, el autor ha logrado eliminar convincentemente del número de semitismos «seguros» la tercera persona del plural en uso impersonal), pero se necesita un análisis más amplio para formular un juicio tan categórico. Según Pax, nuestro autor considera el material de un modo puramente formal y estadístico. Con ello queda lejos de ciertos aspectos de la problemática interna del lenguaje del NT aclarables desde puntos de vista de la moderna lingüística (psicológica). Al igual, o mejor, que los viejos métodos de la crítica literaria, aquélla ofrece la posibilidad de penetrar profundamente en el lenguaje.

Rydbeck no ha tenido en cuenta la geografía sintáctica. Los autores del NT provienen de muy diversas regiones. Cuando un autor es semita se acomoda perfectamente al griego, su segunda lengua, en morfología y léxico, pero la sintaxis de su lengua materna le denuncia irremisiblemente. Ahora bien, debido al mutuo influjo de lenguas que coexisten cronológicamente, debemos admitir que cierto tipo de construcciones griegas, infrecuentes, se han revitalizado por influjo de la lengua semítica.

Rydbeck olvida el hecho de que *si* existe el lenguaje coloquial. Los autores del NT estaban inmersos en una comunidad. Al escribir no lo hacían en una especie de monólogo, sino que estaban continuamente pensando en su auditorio. Por eso tomaban sus ideas y estilo de la liturgia y predicación catequética (lenguaje coloquial). Rydbeck considera al NT como un corpus compacto. Pero en realidad sus escritos son *diseicta membra* arrancados de un contexto par-

de los verbos, etc., la lengua del NT es superior a la «vulgar». También en el vocabulario. Pablo usa con gran corrección términos del lenguaje filosófico como μορφή, σχῆμα, αὐτάρκεια, συνείδεσις. En otros autores (*Heb.* Sant. y II Pedro) hay detalles elevados de cultura literaria. Su lenguaje es comparable al de Menandro (cita a F. W. Danker, «Menander und das NT», *NTS* 10, 1964, 365 ss.). En sintaxis es notable el uso exacto del perfecto y aoristos clásicos. Queda por definir qué es exactamente lo literario. Turner no ofrece una respuesta definitiva al problema, sino que indica la amplitud del término. Es necesario estudiar a fondo el lenguaje del NT comparándolo con autores helenísticos (cf. § 54) y los lexicógrafos (Moeris, Frinico, *Etymologicum Gudianum*, *Et. Magnum*, Hesiquio, etc.).

ticular. Como ha puesto de relieve la escuela de la «Redaktionsgeschichte», los autores del NT son personalidades marcadas por su propio concepto de teología, con su propio mundo de ideas, su estilo propio. Por eso no se les puede enmarcar en la aséptica prosa científica.

Rydbeck no tiene en cuenta la estilística. No basta con decir, continúa Pax, que tal fenómeno aislado del lenguaje, aislado hasta ahora, tiene tales o cuales paralelos. Hay que explicar también por qué el autor ha escogido esa expresión y no otra. Es decir, falta un análisis estilístico profundo. «Fachprosa» existe sin duda. Pero es un fenómeno entre otros muchos y no es tan importante como Rydbeck cree.

§ 12. En 1975, en un «Kurzbericht» (*ThR* 39, 1975, 365), W. G. Kümmel ha pasado revista sucintamente al libro de Rydbeck. Su conclusión general no es demasiado favorable. Con tal tesis, opina, no se aclara el problema general de la influencia semitizante en la lengua del NT. Sí, por el contrario, algunos pequeños puntos. Del mismo trabajo, afirma, se ve claro cuanto queda por discutir sobre el influjo semítico en el NT.

Si nos hemos detenido, quizás morosamente, en la crítica a Rydbeck no es por un acuerdo total con los reseñistas. Nuestro deseo es, más bien, que el lector perciba la complejidad del problema y la mezcla, a veces incorrecta, de argumentos de diversos tipos. En un *corpus* de escritos de tanta trascendencia teológica es muy difícil deslindar netamente los campos, o lograr una armoniosa mezcla de ellos. Lo que no cabe duda es que el libro de Rydbeck ha abierto un nuevo sendero. Parte de la investigación futura habrá de seguir obligatoriamente estos derroteros (cf. § 54).

§ 13. No queremos concluir este apartado sin atraer la atención del lector sobre tres trabajos más que abordan también el tema que nos ocupa, aunque un tanto indirectamente. Las líneas que siguen ilustrarán de igual modo la complejidad a la que más arriba aludíamos.

El primero es de F. Büchsel, «Die griechische Sprache der Juden in der Zeit der LXX und des NT» (*ZAW* 60, 1944, 132 ss.). El autor rompe lanzas decididamente contra la idea de un dialecto griego

sui generis («judeogreco») de uso corriente y coloquial. Büchsel cree que se ha llegado a esta idea absurda por no haber enfocado el problema desde un punto de vista histórico. El punto de partida es la investigación del idioma que hablaban los judíos antes de aceptar el griego como lengua, y las circunstancias históricas reinantes cuando los judíos se helenizaron.

En primer lugar, la aramaización de Palestina data desde la caída de Samaria en 721 a. C. Éste era un lenguaje de intercambio universal y con el tiempo desplazó al hebreo en la propia Palestina. Los judíos no eran los únicos, pues, que hablaban arameo. Por ello, cuando se les impuso la lengua griega, habrían creado, en todo caso, un «araméo-griego». Sería un griego, teñido de aramaismos, no exclusivo de los judíos, sino de todos los pueblos semitas de alrededor.

Büchsel admite plenamente la influencia conformadora del lenguaje de los LXX. Es por ello un claro precursor de las tesis de Tabachovitz de las que luego hablaremos (cf. § 34). Pero este influjo quedó reducido al lenguaje puramente religioso, de la sinagoga (cf. § 4). No trascendió, de ningún modo, al lenguaje cotidiano. Es un error imaginarse la existencia de los judíos en el helenismo o el Imperio Romano como en la Edad Media o Moderna. En aquella época no existían los ghettos ni las juderías. No había motivos, pues, para crear un yidish o un ladino. A pesar de las muchas críticas contra los judíos en la Antigüedad, no posemos prácticamente ninguna contra su *lenguaje*. El pasaje de Cleomedes, matemático, en el de *motu circulari corporum coelestium* II 191 (ed. Ziegler 166)²⁸ se refiere al lenguaje oracional de los judíos, no al coloquial. Con otras palabras: el judaísmo de la época del NT no había caído bajo ninguna circunstancia histórica que le hubiera obligado a fabricar su propio lenguaje. El talmudismo no existía aún con su terrible peso. El judaísmo pretalmúdico, aunque muy piadoso, vivía perfectamente entreverado en su contexto sociocultural. Y si no hay motivo para la existencia de un dialecto *sui generis* en ámbito judío, no hay por qué postular tal lengua como base de lo escritos neotestamentarios.

²⁸ Critica a Epicuro y su modo de hablar. Afirma que sus locuciones se parecen a las de los burdeles, a la de los orantes en la sinagoga, etc.

§ 14. En las mismas ideas, con algunas precisiones, abunda K. Treu en su artículo «Die Bedeutung des Griechischen für die Juden im Römischen Reiche» (*Kairos* 15, 1973, 123 ss.). El autor se ocupa directamente de la utilización del griego entre los judíos a partir del siglo I. Tras pasar revista a los escritores judíos que compusieron sus obras en griego, reflexiona sobre lo que puede significar la mera existencia de un *Corpus papyrorum judaicarum*²⁹ donde prácticamente todos los papiros están redactados en griego. Incluso cartas privadas, contratos, etc. fueron escritos en este idioma. De ello se deduce que el griego era lengua corriente entre los judíos en todos los ámbitos. La penetración misma del griego en el Talmud es una buena prueba de ello. Por si fuera poco, un examen de los fragmentos griegos de Qumrán y de algunos papiros de Oxirrinco, claramente judíos, nos induce a pensar que éstos usaron largo tiempo tras el cristianismo —en contra de la opinión común— la versión de los LXX.

Por tanto, de modo indirecto, parece excluirse la teoría de que hubiera existido un idioma propio grecojudío en el que se hubiera compuesto el NT. A pesar de las posibles y diversas gradaciones, «en la forma final, en la que ejerció su influencia, el Nuevo Testamento es el documento base de un grupo judío especial... ¡griego!».

§ 15. En 1974, A. W. Argyle, en «Greek Among the Jews of Palestine in NT Times» (*NTS* 20, 1974, 87-89), deducirá las últimas consecuencias de ideas afines a la de Büchsel y Treu³⁰. Es claro, afirma, la penetración del griego en la vida religiosa, diaria y de negocios judías en tiempos de Jesucristo (por ejemplo, *sinedrio*, *logistes*, *tarpiza-trapeza*, etc.). No es nada improbable que Jesús y sus discípulos hubieran predicado en griego, sobre todo en Galilea. De hecho, en Mt 7, 5, etc. Cristo usa el término griego «hipó-

²⁹ Editado por V. A. Tcherikover; A. Fuks y M. Stern (Cambridge Mass.), 1957, 1960, 1964. Estos papiros proceden sólo de Egipto. La imagen que nos ofrece el *Corpus Inscriptionum Judaicarum* es algo diversa a la que sirve como argumento a Treu.

³⁰ Argyle se basa, por su parte, en los trabajos de S. Liebermann, *Greek in Jewish Palestine*, Nueva York², 1965 y S. Kraus, *Griechische und Lateinische Lehnwörter im Talmud und Midrash* (1898-1899), con las críticas y correcciones de S. Fraenkel (*ZDMG* 1898, 290 ss.) y G. Zuntz (*JSS* 1, 1956, 129 ss.). Anteriormente había sostenido la misma idea R. H. Gundry, «The Language Milieu of First-Century Palestine», *JBL* 83, 1964, 404 ss.

crita». ¿No podría considerarse como un residuo de esa predicación en griego? Ello supondría que los Apóstoles eran también bilingües. Cuando escribieron, lo hicieron en la *koiné* de su tiempo. Como consecuencia indirecta, aunque no de menor importancia, se deduce que los argumentos lingüísticos no son pertinentes a la hora de negar la autenticidad apostólica de 1.^a-2.^a Pedro y la Epístola de Santiago.

La hipótesis del bilingüismo hasta sus últimas consecuencias lleva consigo implícitamente rechazar la teoría del «griego de traducción» como lengua del NT. Sus autores quedan situados dentro del abigarrado grupo de helenoparlantes de la *oikoumene*.

II. ESTUDIOS GRAMATICALES SOBRE LA LENGUA DEL NUEVO TESTAMENTO

A) *Obras de carácter general.*

§ 16. En 1941 (Nueva York) apareció la obra de W. D. Chamberlain *An Exegetical Grammar of the Greek NT*. El título promete más de lo que contiene. El autor sigue fundamentalmente la voluminosa obra de A. T. Robertson, *Grammar of the Greek Testament in the Light of historical Research* (Nueva York⁵, 1931). Para cualquiera que tenga a mano las obras de Moulton-Howard-Turner (cf. §§ 5.20), Blass-Debrunner-Funk (cf. § 19) y la de F. M. Abel (*Grammaire du Grec Biblique*, París, 1927), esta gramática no le dirá prácticamente nada. Puede ser útil, sin embargo, como ahorro de tiempo, en cuanto que su autor condensa y organiza una buena multitud de datos dispersos.

§ 17. El año 1944 vio la luz la primera edición de un trabajo breve, pero en muchos aspectos iluminador: *Graecitas biblica Nⁱ Tⁱ exemplis illustratur* de M. Zerwick³¹. No se trata de una gramática completa del griego del NT, sino de un tratadito de sintaxis y en concreto de los rasgos de la lengua del NT que difieren de los

³¹ 5.^a ed., Roma, 1970. Edic. en inglés: *Biblical Greek illustrated with examples. English edition. Adapted from the 4 Latin ed. by J. Schmith.*

cánones clásicos. El libro no es para principiantes, a pesar de su elementalidad en algunos puntos. El autor presupone en el lector un cierto conocimiento del griego clásico. Zerwick esclarece, al paso que explica los fenómenos gramaticales, un buen número de puntos oscuros en pasajes controvertidos exegéticamente. El sustrato semítico del NT está presente por todas partes (cf. §§ 27-38), pero sin desmesurar su importancia. El autor no sólo admite que el lenguaje popular de la koiné es un ingrediente importantísimo a considerar en la valoración de la lengua del NT, sino que tiende a explicar el griego bíblico por evolución propia de la koiné, más ciertas interferencias del sustrato semítico.

Lo más apreciable del libro es, quizás, su claridad y sencillez. El título de las primeras ediciones era incompleto. *Graecitas biblica* es también la de los LXX, pero no recibe ningún tratamiento.

§ 18. El interés del libro de C. F. D. Moule, *An Idiom Book of NT Greek* (Cambridge, 1953; reimp. 1959) consiste en su pretensión de ser un «syntactical Companion» para el lector del NT. Como Zerwick, el autor supone conocidas la morfología y los fundamentos sintácticos del griego neotestamentario. Ofrece, sin embargo, algo más de lo indicado en el título. En efecto, «idiom» significa una expresión peculiar de una lengua dada, pero el tratamiento de Moule es más amplio. El autor toca, prácticamente, todos los aspectos importantes de la sintaxis del NT. Quizás podamos decir que es la mejor «Sintaxis» concisa que poseemos hoy en el campo del NT.

El autor no se define claramente ante el problema de la caracterización del griego neotestamentario como lo hacen otros gramáticos (Moulton, nota 10; Turner, §§ 5.20). En el capítulo de los semitismos evita generalizar. Ofrece tan sólo un esquema de las construcciones que apuntan hacia un posible sustrato semítico. Moule tampoco presenta, a veces, opiniones decididas, sino que ofrece al lector alternativas de elección. De todos modos, su postura se decanta clarísimamente hacia una corrección de los puntos de vista deissmanianos. «El péndulo ha ido demasiado lejos», escribe en p. 3, «en la dirección de igualar el griego bíblico con el 'secular'. No podemos permitir que esos descubrimientos deslumbrantes nos cieguen el camino hacia la idea de que el griego bíblico posee ciertas peculiaridades debidas a la influencia semítica».

§ 19. La clásica obra de Blass-Debrunner³² ha sido puesta al día (hasta 1961), revisada y adaptada para los lectores de lengua inglesa por R. W. Funk (cf. también § 50). La antigua gramática de Blass constituye un caso típico de obra base excelente que crece y mejora con la aportación de los reelaboradores. En 1931, Debrunner publicó ya un Apéndice. En la edición de 1954, otras añadiduras y correcciones del mismo autor se incorporaron al texto (en párrafos y subpárrafos), aunque con cierto desorden, lo que implicaba una molestia para el lector. Luego, D. Tabachovitz añadió un nuevo suplemento. Funk tiene el mérito de haber refundido todo el conjunto, incorporando al texto una colección de material inédito —que le legó Debrunner antes de su muerte— y una notable ampliación de la bibliografía (aproximadamente 100 títulos más). El adaptador ha engrosado también el número de citas, unas 800 más, y triplicado los índices. Incluso la presentación tipográfica hace la lectura más fácil.

Esta obra es una de las definitivas en la materia e imprescindible como volumen de consulta³³. Es posible, sin embargo, que Funk haya proliferado las distinciones de la gramática griega para acomodarse a los «patterns» ingleses. Así, por ejemplo, se ha negado que exista en griego un «aoristo futurístico»³⁴ o un genitivo de dirección y propósito que puede englobarse dentro del genitivo de posesión y pertenencia. Mas, por otro lado, la estructura de la sintaxis es ordenada y tradicional, agrupada por temas (compárese con la de Turner, cf. § 20). Por ello nos parece un tanto injusto que A. Wikgren³⁵ critique al adaptador de asistematismo.

Es interesante que la gramática haga referencia a las variantes más significativas del texto griego. Pero tras los descubrimientos de los Papiros Bodmer³⁶ quedan ya, desgraciadamente, incompletas.

§ 20. De la obra de N. Turner, y de sus pronunciamientos sobre el carácter del griego bíblico, hemos hablado ya en § 5. Aquí que-

³² *Grammatik des NT Griechisch*, Göttingen⁹, 1954.

³³ Cf. la precisión del § 54.

³⁴ La designación no aparece en la *Griechische Grammatik* de Schwyzer-Debrunner, München, 1968.

³⁵ Cf. la reseña en *JBL* 82, 1963, 436.

³⁶Cf. V. A. Martín, R. Kasser y otros, que empezaron a editarlos desde 1956 en Ginebra.

remos fijarnos solamente en el aspecto formal de su *Syntax* (Edinburgo, 1963) del NT. Es, sin duda alguna, la más completa de cuantas poseemos hoy. El volumen está concebido especialmente para profesores interesados en exégesis y para traductores que desean recibir orientación sobre el sentido exacto de construcciones controvertidas. El crítico textual puede sacar también provecho de la obra de Turner, a la hora de decidirse entre variantes, gracias al cuidado del autor en poner de relieve las peculiaridades estilísticas. Las relaciones de homogeneidad y diferenciación del griego clásico, helenístico y bíblico están señaladas por doquier.

El sistema de tratamiento sintáctico se aparta de lo corriente en estas obras. La sintaxis es, para Turner, ante todo teoría de la frase. Por ello, en vez de presentar un agrupamiento de temas tradicional, sigue la estructura de la frase, desde sus dos elementos fundamentales —sujeto y predicado, junto con sus determinaciones— hasta la unión de las sentencias para formar el período. Naturalmente, esta disposición tiene algunas desventajas. La consulta no es tan fácil como cuando la materia está agrupada según la temática tradicional. Para obtener información sobre una construcción determinada hay que remirar laboriosamente los índices y buscar en diversos párrafos. La inconveniencia queda paliada, sin embargo, por la riqueza de esos mismos índices y la enorme abundancia de datos. Pocos son los versículos del NT que quedan sin comentario.

Tres años más tarde (Edinburgo, 1966) el autor publica una especie de aplicación práctica de su Sintaxis: *Grammatical Insights into the New Testament*. En multitud de ejemplos Turner demuestra la utilidad de los estudios sintácticos para la exégesis. La obra está dividida en capítulos: Dios, Jesús de Nazaret, Pablo de Tarso y teología paulina, Juan, etc. En el capítulo final (sobre la lengua de Jesús y sus discípulos) encontramos una afirmación interesante. Partiendo de la formulación griega de los *logia* de Jesús, recogidos en la fuente «Q», sugiere que algunos de ellos pudieron pronunciarse no originalmente en arameo, sino en griego (cf. § 15). La presencia de μέν-δέ, por ejemplo, en tales *logia* es más frecuente de lo que podría esperarse de un «griego de traducción». Ahora bien, la aparición de palabras arameas, transliteradas (*talitha koum* por ejemplo: Mc 5, 41) indica que Jesús, naturalmente, predicaría en otros

casos en arameo. Pero el griego de Jesús no sería como el conservado en los papiros, sino un «griego bíblico», muy afín al de los LXX. Una rama de la koiné, sí, pero una especie de «separate dialect», «not the usual form» (cf. § 5).

B) *Algunos estudios particulares de interés.*

§ 21. En este apartado podemos mencionar sólo un número de obras limitado, de interés por algún motivo³⁷. Un sinnúmero de artículos breves, especialmente de cuestiones sintácticas, no tienen obviamente cabida en esta panorámica general³⁸.

En 1964 publicó una discípula de Moule, M. Thrall, un trabajo importante sobre el uso de las partículas en el NT: *Greek Particles in the NT* (Leiden, *Suppl. Novum Test.* III). La autora no pretende exponer sistemáticamente el uso de tales vocablos en el NT³⁹. Le interesa, más bien, dejar constancia de ciertos empleos característicos del Nuevo Testamento y del grado en el que tal uso específico puede testimoniar una auténtica koiné. El lenguaje del NT sirve

³⁷ Tenemos noticias, por sucesivos números del Repertorio Bibliográfico de la revista *Biblica*, de una serie de Disertaciones (¿algunas inéditas?) que no hemos podido conseguir hasta el momento. Ofrecemos la lista, que puede revestir cierto interés por señalar una línea de investigación: C. O. Gillis, *Greek Participles in the Doctrinal Epistles of Paul*, South-W. Bapt. Seminary, 1937; J. W. Carpenter, *The Aktionsart of the Aorist in Acts*, S-W. B. S., 1943; D. M. Nelson, *The Articular and Anarthrous Predicate Nominative in the Greek NT*, S-W. S., 1945; D. J. Wieand, *Subject-Verb-Object Relationship in Independent Clauses in the Gospels and Acts*, Univ. of Chicago, 1946; V. W. Sears, *The Use of the Future Tense in the NT*, S-W. B. S., 1950; R. H. Poss, *The Articular and Anarthrous Construction in the Epistle of James*, S-W. B. S., 1946; O. L. Crouch, *The Use of Tenses in 1 John*, S-W. B. S., 1948; J. A. Brown, *An exegetical Study of τε, S-W. B. S., 1948; P. Southern, The NT use of Prepositions. With Special Reference to its distributive Aspects*, S-W. B. S., 1949; W. B. Curry, *The Nature and the Use of εἰς Clause in the NT*, S-W. B. S., 1949; J. C. Trotter, *The use of the Perfect Tense in the Pauline Epistles*, S-W. B. S., 1951; B. Blackwelder, *Causal Use of Prepositions in the Greek NT*, Northern Baptist Sem., 1951.

³⁸ Quedan también fuera de nuestra consideración otras obras en las que ciertos capítulos, o parcialmente, abordan temas de la sintaxis del NT, por ejemplo T. Kalén, *Selbständige Finalsätze und Imperativische Infinitive im Griechischen*, Upsala, 1941; las pp. 94 y 127 ilustran las diferencias de uso de *hina* entre el helenismo y NT.

³⁹ El estudio más completo es el de P. Rouffiac: *Recherches sur les caractères du grec dans le NT d'après les Inscriptions de Priène*, París, 1911.

así para ampliar nuestros conocimientos generales sobre la evolución de la lengua griega.

Thrall señala en el NT, en primer lugar, como signo de empobrecimiento, el desuso de partículas enfáticas y su posible explicación. Luego, la ausencia de ciertos tipos de combinaciones clásicas de partículas⁴⁰, lo que aumenta la impresión de depauperación del estado de lengua representado por el NT. Como aspecto positivo señala, y analiza, la aparición de nuevas combinaciones como εἰ δὲ μή γε; ἄρα οὖν; ἀλλά γε καί; ἀλλά μενοῦν γε καί y el nuevo empleo como partículas conectivas de ciertas partes de la oración (λοιπόν; νῦν, etc).

En general, la autora se siente muy poco inclinada a aceptar semitismos o septuagintismos (cf. § 29) en el uso neotestamentario de estos vocablos. Así, en el caso de ἀλλ' ἢ en vez de ἀλλά, o de ésta en un significado parecido al de ἔάν (εἰ) μή. Para explicar estos fenómenos se ha supuesto una partícula aramea subyacente 'ella con una utilización tanto exceptiva (εἰ μή) como adversativa (ἀλλά). Thrall, empero, cree que el rastro de ἀλλά exceptivo puede seguirse dentro del griego mismo y remontarse hasta algunos usos de Aristóteles.

En la segunda parte de su libro, Thrall ataca con vehemencia ciertas hipótesis respecto al uso de algunas partículas en el NT. En concreto, las teorías de C. H. Bird⁴¹, C. H. Turner⁴² y M. Zerwick⁴³, quienes han creído probar, para el NT, un uso no lingüístico, teñido de motivos psicológicos, en partículas como γάρ y δέ. La opinión de Thrall al respecto es tajante. Los textos no permiten ningún tipo de explicación no lingüística en el uso de tales partículas.

La autora cree también que algunos pocos pasajes, como Mc 14, 36; Mt 26, 64; 1 Co 7, 21; 2 Co 5, 3.8, reciben una luz especial

⁴⁰ La lista es bastante amplia. Thrall no la menciona. Señalamos las principales ausencias: ἀλλά μήν; ἄ. μ. γε; ἄ. μ. καί; ἄ. μ. οὐδέ; ἄ. ὅτι; ἄ. οὖν γε; ἀμέλει; αὖ; δὴ πλὴν; καὶ μέντοι; κ. μήν; κ. μ. γε; κ. μ. καί; κ. πλὴν; μέντοι γε; οὐ μέντοι οὐδέ; οὐ μήν; ο. μ. ἀλλά (γε); ο. μ. ἄ. δὴ; ο. μ. ἄ. καί... γε; ο. μ. ἄ. οὖν... γε; ο. μ. γε; ο. μ. δέ; ο. μ. δ. ἀλλά; ο. μ. καί; οὐδέ μήν; οὔτε μήν; πλὴν ἀλλά; π. γε; π. εἰ μή; π. καί; π. μέντοι; τοιγαρτοί.

⁴¹ «Some γάρ clauses in St. Mark's Gospel», *JThS NS* 4, 1953, 171 ss.

⁴² «A Textual Commentary on Mark 1», *JThS* 28, 1927, 152 ss.

⁴³ *Untersuchungen zum Markusstil*, Roma, 1937.

atendiendo al uso y significado exacto de las partículas. Pero concluye su trabajo con la interesante indicación de que tales pasajes son muy escasos y que una investigación exhaustiva en este terreno carece de perspectivas prometedoras. El parco uso de partículas en el NT reduce el número de tales pasajes controvertidos al mínimo (p. 97) ⁴⁴.

§ 22. A. Lancelloti ofreció al público en 1964 (Assisi) un breve volumen sobre la sintaxis especialísima del Apocalipsis: *Sintassi ebraica nel greco dell'Apocalissi. I Uso delle forme verbali*. Es verdaderamente raro que no haya aparecido antes una monografía sobre el tema: de sobra conocidas son las peculiaridades del griego del último libro del Canon ⁴⁵. La tesis de Lancelloti es la siguiente: el griego especial del Apocalipsis no se explica por falta de conocimientos gramaticales en el autor, sino por su mentalidad hebrea. Los barbarismos revelan un claro trasfondo semítico, y en concreto hebraico, no arameo. Según Lancelloti, ciertos usos anómalos de los tiempos griegos, explicados por otros investigadores a partir del griego por motivos psicológicos, reciben una aclaración gramatical fácil partiendo del hebreo. Lancelloti rechaza, sin embargo, la tesis de C. C. Torrey (cf. nota 24). En primer lugar, porque la lengua del Apocalipsis no parece «griego de traducción». En segundo, porque el trasfondo semítico no es arameo, sino hebraico. Con ello, Lancelloti se sitúa en la línea tradicional de R. H. Charles ⁴⁶ y la más moderna de K. Beyer (cf. § 35). Lancelloti avanza aún más e

⁴⁴ Como complemento del trabajo de Thrall remitimos al lector a J. Blomqvist, *Greek Particles in Hellenistic Prose*, Lund, 1969.

⁴⁵ Los libros sobre sintaxis, por su mayor dificultad, son raros. El volumen III de la *Grammar* de Moulton (cf. § 5) tardó casi cincuenta años en salir al público. G. Mussies (cf. § 25) no se ha atrevido con la sintaxis. K. Beyer (cf. § 35) prometió continuar su obra (sólo 1/5 de lo proyectado ha visto la luz), pero han pasado ya quince años. De los LXX no tenemos ninguna gramática completa (cf. S. Jellicoe, *The Septuagint and Modern Study*, Oxford, 1968, apartado «Grammar», p. 375: la obra de H. St. J. Thackeray, *A Grammar of the Old Testament in Greek according to the LXX*. Vol. I, *Introduction, Orthography and Accidence*, Cambridge, 1909, no ha tenido seguidores. Igualmente R. Helbing, se quedó en *Laut y Wortlehre* de su *Grammatik* (Göttingen, 1907).

⁴⁶ Comentario al *Apocalipsis* en el *International Critical Commentary* (Edinburgo, reimp., 1950).

indica que algunos rasgos del griego del Apocalipsis son válidos también para explicar ciertas características de otros autores del NT⁴⁷.

§ 23. La obra de J. Bligh, *Galatians in Greek. A Structural Analysis of St. Paul's Epistle to the Galatians with Notes on the Greek* (Univ. of Detroit Press, 1966) es interesante para nosotros por su segunda parte: las notas sobre las peculiaridades lingüísticas de Pablo en esta epístola. El autor, que obtuvo un «first» en los cursos de Litterae Humaniores de Oxford y el premio Gaisford de «Greek Prose Composition», es un helenista experto. Versículo por versículo, analiza y desmenuza morfológica, sintáctica y literariamente el texto griego en sus peculiaridades. Bligh trae a colación para sus explicaciones tanto los posibles paralelos del griego clásico, de autores tardíos, Filón, etc., como los de la literatura semítica. Salvo algunas interpretaciones un tanto exageradas, causadas sin duda por el entusiasmo de Bligh en su trabajo, la obra nos ofrece un comentario, especialmente sintáctico e ideológico-literario, breve y excelente. Es éste un tipo de obra monográfica, casi exhaustiva, que debería realizarse en el resto de los libros del NT.

§ 24. Como muestra de un estudio amplio sobre una simple fórmula neotestamentaria vale el libro de P. Fiedler, *Die Formel 'und siehe' im NT* (en *Studien zum Alten und Neuen Test.* 20; München, 1969). ἴδού e ἰδέ son partículas que aparecen en el griego profano, pero καὶ ἴδού es un biblicismo. Mateo, Lucas-*Hechos* y el autor del Apocalipsis lo emplean generosamente. Se trata de una utilización consciente del estilo bíblico y sirve para avisar al lector que las afirmaciones subsiguientes son importantes. Esta fórmula es un elemento más del estilo peculiar, orientado hacia una predicación con resonancias veterotestamentarias, de los escritores del NT. Fiedler confirma así las observaciones de E. J. Pryke («IΔΕ and IΔΟΥ», *NTS* 14, 1968, 418-424), quien había llamado la atención sobre la importancia literaria y teológica de este uso. Tales partículas, como otras, no reciben frecuentemente una traducción apropiada, (o no se las traduce simplemente) o escapan a la atención

⁴⁷ Así, por ejemplo, Mt 6, 12: ἀφῆκαμεν - ἀφλομεν = «perfecto de coincidencia»; Lc 7, 47: ἡγάπησεν = «qatal permansivo».

de los intérpretes. Fiedler divide su estudio en «partes narrativas» y «discursos». El tema ha sido tratado en España —restringiéndose a Mateo— por A. Vargas-Machuca⁴⁸. Este último, en su recensión en *Biblica* 51, 1970, 590 ss. del libro de Fiedler, echa de menos un estudio redaccional por parte del autor, así como un análisis estilístico estructural que ponga de manifiesto ese modo peculiar de narración teñido por el καὶ ἰδοὺ.

Fiedler intenta probar que del estudio de esta simple fórmula se puede obtener consecuencias teológicas. El sólo hecho de imitar contextos de los LXX supone ya una afirmación teológica. Ahora bien, como todo estudio monográfico tiende a cargar las tintas. Es posible que el autor conceda demasiada importancia a un mero giro estilístico, sin tanto trasfondo teológico, giro que se ha petrificado ya en una fórmula estereotipada. A pesar de las posibles exageraciones y los evidentes márgenes de error —el estudio de Fiedler no nos parece definitivo—, sí presenta los datos pertinentes del problema y es un excelente esfuerzo por hacer ver que los pormenores de la lengua también requieren la debida atención.

§ 25. El trabajo de G. Mussies, *The Morphology of Koine Greek as used in the Apoc. of St. John. A Study in Bilingualism* (*Supp. Novum Test.* 27, Leiden, 1971) presenta unas perspectivas más amplias que las indicadas en el título. El autor describe la lengua del Apocalipsis, sí, pero a la vez ofrece una descripción elaborada (y en algunos puntos exhaustiva) de la fonética, ortografía y morfología de la koiné. El autor compara y contrasta la estructura del hebreo-araméo con la de aquélla. Las divide en categorías comunes a ésta y las lenguas semíticas, las ausentes de la koiné pero presentes en hebreo y arameo y, finalmente, las presentes en la koiné pero ausentes en esas lenguas semíticas. Las conclusiones de Mussies son: a) las particularidades lingüísticas del Apocalipsis no se restringen sólo a ciertas partes del libro, sino al conjunto; b) la lengua original del Apocalipsis no fue la koiné egipcia; c) el autor del Apocalipsis no es el mismo que el del evangelio y las epístolas johánicas; d) la base del escrito es hebrea o aramea. Probablemente más lo primero que lo segundo.

⁴⁸ «(καὶ) ἰδοὺ en el estilo narrativo de Mateo», *Biblica* 50, 1969, 233 ss.

Aparte de estas conclusiones, que confirman ideas ya conocidas por otra parte, lo más interesante del trabajo de Mussies es, probablemente, el estudio del verbo. A base, sobre todo, de este profundo estudio llega a la conclusión del carácter semítico del escrito y del bilingüismo del autor. Precisando más el apartado a): el autor debió componer el libro en hebreo y una tercera persona, distinta, lo tradujo al griego. Probablemente un cristiano de origen judío. Tenemos, pues, aquí un caso de «griego de traducción»⁴⁹.

§ 26. Quizás lo más importante de la obra de L. C. McGaughy *Towards a Descriptive Analysis of 'Einai as a linking Verb in NT Greek* (Missoula, Montana, USA, Linguistics Seminar of the Society of Bib. Literature), 1972, sea la discusión, desde la base, de un artículo tan importante como εἶναι en el imponente diccionario del griego neotestamentario de W. Bauer. El autor critica a Bauer porque considera que en el artículo en cuestión se mezclan indiscriminadamente puntos de vista gramaticales (sintácticos) y lexicográficos. McGaughy considera a εἶναι desde un punto de vista estrictamente funcional. Este vocablo posee más importancia gramatical que léxica. Es decir, su funcionalidad es predominantemente sintáctica, no lexicográfica. El autor propone una división nueva de εἶναι en copulativo-ecuativo y localitivo. El valor de «existencia» no pertenece a εἶναι⁵⁰.

Concretamente, en el caso de un verbo tan inocuo como εἶναι es donde puede verse con gran claridad, opina McGaughy, cuán importante es el estudio profundo de la sintaxis para el intérprete del NT. Así, por ejemplo, tras un estudio minucioso puede llegarse

⁴⁹ Como complemento a la parte fonética de Mussies, y en general de las partes correspondientes del NT, puede consultarse con provecho el artículo de I. R. Alfageme, «Notas sobre la evolución del sistema vocálico en la koiné», *CFC* 9, 1975, 339 ss. Lo más interesante para nosotros es la explicación de la tendencia —constatable en el NT— a la desaparición de categorías morfológicas, como el dativo y el optativo (que se aclaraban pormalmente aduciendo razones sintácticas o semánticas), por consideraciones de tipo fonético. Igual explicación para los intentos creativos de nuevas formas de futuro.

⁵⁰ Por ejemplo: Jn 8, 28: la frase «yo soy» se resuelve en «yo soy de arriba» (cf. 8, 2) y no tiene valor como proposición ontológica existencial. Del mismo modo, las frases con *einai*, que poseen en el predicado adverbios o expresiones adverbiales, son también acoplables al esquema de la locatividad. En ese tipo de frases, el adverbio sitúa al sujeto en el espacio o el tiempo.

a la elaboración de un conjunto de reglas para averiguar cuál es el sujeto y cuál el predicado en oraciones copulativas con dos nominativos articulados.

Como consecuencia indirecta, McGaugy pretende demostrar cuánto queda aún por hacer en el campo de la filología neotestamentaria (cf. § 54), aunque en ciertas labores preliminares la exégesis no salga beneficiada de modo inmediato. No es posible interpretar correctamente el NT sin comprender a fondo su lenguaje. Pero para ello hay que ocuparse también de lo que parece puramente formal.

Esta idea postrera aparece recogida en un reciente artículo de L. Rydbeck (cf. § 10) cuyo sólo título es ya atractivo: «What happened to NT Grammar after A. Debrunner?», *NTS* 21, 1975, 424 ss. Haciéndose eco de una frase de E. Pax (cf. § 11, el comienzo del artículo citado: «linguistische Bücher über das NT sind selten»), se lamenta de la escasez de buenos libros sobre la lengua del NT. Rydbeck aduce una serie de plausibles razones: a) los teólogos profesionales carecen de una profunda formación clásica⁵¹; b) existe en el ambiente una especie de antítesis artificial entre la interpretación gramatical del NT y la teológica; c) está muy extendida la falsa presunción de que en el campo del NT todo está ya hecho.

Para Rydbeck es claro que los problemas del griego neotestamentario no se resuelven partiendo sólo del campo «helenista» (deissmanismo puro) o del demasiado hincapié en lo semítico (hipótesis de Torrey, Burney, cf. nota. 24), que intenta descubrir por doquier un trasfondo cultural y lingüístico puramente judío en frases y situaciones aparentemente inocentes.

Rydbeck aboga por un maridaje de las dos posiciones antagónicas. Se debe distinguir entre gramática (morfología y sintaxis) y estilística. Los semitismos afectan más al segundo apartado, es decir, a la formación de las frases. La forma gramatical, empero, puede ser perfectamente griega⁵². Rydbeck presume que la postura

⁵¹ Y a la inversa —podemos añadir nosotros—, los especialistas en lenguas clásicas suelen mostrar muy poco interés («quede lo teológico para los teólogos profesionales») por el griego del NT.

⁵² Por ejemplo: 1 Pe 5, 4: κομεισθε τὸν ἀμαράντινον τῆς δόξης στέφανον. El griego es correcto. Pero la concepción de la frase es totalmente semítica. Se desprende del uso de este atributo adjetival con un nombre abstracto, construcción que difícilmente emplearía un heleno.

de Deissmann, Thumb, Moulton, Radermacher⁵³ y Debrunner aceptaban, en el fondo, sin formularse esta distinción. La lengua griega poseía una elasticidad extraordinaria, más que cualquier idioma moderno. Lucas y Juan, al emplear conscientemente hebraísmos o septuagintismos, llevaban esa elasticidad del idioma hasta sus últimas consecuencias. En general, la morfología y sintaxis de los autores del NT es extraordinariamente parecida a la koiné del siglo I («una prosa de un estrato o corrección gramatical intermedia», de acuerdo con sus ideas de § 10). Pero lo que importa es el estilo. Por ejemplo: los autores de las epístolas de Santiago, 1.^a Pedro y Hebreos escribían en una koiné correcta, pero su habitat estilístico era la lengua semitizante de la sinagoga helenizada (cf. § 4)⁵⁴. El defecto y el estancamiento de la gramática neotestamentaria reside en no ocuparse de la fraseología y la estilística. Por esta razón no encontramos en ella ninguna ayuda para evaluar las características literarias, o situar el lenguaje de autores como los mencionados arriba y, no digamos, Pablo. Nos encontramos en un momento, añade Rydbeck, que exige un estudio comprensivo por parte de los filólogos que evalúe y acepte los resultados positivos de las dos tendencias antagónicas, los «helenistas» y los «semitistas».

III. ESTUDIOS PARTICULARES SOBRE EL TRASFONDO SEMÍTICO DEL NT

§ 27. A. Wifstrand, muy conocido en el campo de la filología clásica, daba cuerpo formal, en 1940, a una interpretación sobre los semitismos de Lc que luego habría de ser ampliada por sus discípulos. En «Lukas och Septuaginta» (*Svensk Theologisk Kvartalskrift*

⁵³ Cf. nota 12.

⁵⁴ Siga aquí los pasos de su maestro A. Wifstrand, quien avanzó estas ideas en «Stylistic Problems in the Epistles of James and Peter», *Studia Theologica* I, Lund, 1947-1948, 170 ss. (cf. nota 11); los rasgos estilísticos de estos autores son comparables a los de *Sabiduría Salomón*, *Henoch* y *Testamento de los XII Patriarcas*. Cf., más tarde, G. Dautzenber, «Sprache und Gestalt der NT Schriften», en *Gestalt und Anspruch des NT* (Hrsg. J. Schreiner), Würzburg, 1969 (trad. esp. de 1973, *Forma y propósito del NT*, p. 36). Dautzenberg desarrolla la misma idea, probablemente influenciado por Rydbeck.

16, 1940, 243-262) se preguntaba el porqué del fenómeno literario singular del estilo lucano. Este escritor, que poseía un griego fluido y perfecto, es, a la vez, el que mayor número de construcciones semíticas muestra. Wifstrand sostiene que la frecuencia y variedad de tales construcciones en Lucas responden a un fenómeno estilístico consciente. Lucas no deja traslucir una mentalidad hebrea, sino que imita deliberadamente a los LXX para impregnar su prosa de un tono religioso solemne e hierático. No hay que figurarse unas fuentes escritas de donde tradujera Lucas. Se trata, más bien, de una *mimesis* literaria de la Biblia cristiana del momento, el AT griego⁵⁵.

§ 28. En el mismo año aparece un modelo de monografía científica, breve, concisa y densa, sobre uno de los semitismos más incontestados de los evangelios: la perífrasis de *eimi* más participio de presente: ᾤΗΝ ΔΙΔΑΣΚΩΝ. *Die Periphrastischen Konstruktionen im Griechischen* (Upsala). El autor estudia este tipo de construcciones en el griego en general, pero con la mira puesta en el NT y su posible trasfondo semítico. Las conclusiones son: la perífrasis progresiva con el participio de presente, especialmente frecuente en los evangelios, se halla también representada en griego clásico y escritores del helenismo tardío, aunque con escasa frecuencia. Los ejemplos, empero, son de un peso suficiente. La alta frecuencia de este tipo de construcción en los evangelios no es un argumento, contra el sentir de muchos, para postular un sustrato semítico. La construcción se explica por una evolución autónoma del griego mismo, aunque de hecho no se llegara a imponer netamente en ninguna época.

Bjorck, en el fondo, no pretende otra cosa que reforzar la tesis de Deissmann y Moulton, minando por la base uno de los pilares de la tesis «hebraísta». Si este aramaismo «tan evidente» encuentra su

⁵⁵ Ideas parecidas en «Lukas och den grekisk Klassicismus», *Svensk Exegetisk Arsbok* 5, 1940, 139 ss.: Lucas no es un escritor influenciado por el movimiento aticista. Su estilo literario es semejante al de la prosa científica (he aquí la idea germen de Rydbeck su discípulo (§ 10). Curiosamente Lc evita ciertos semitismos que se hallan en Mc. Pero sólo cuando coinciden con vulgarismos (idea recogida por Sparks, § 29) del griego. Lc, por tanto, no pretende «judaizar», ni traducir servilmente un texto judío. Sus semitismos son, pues, meramente estilísticos.

explicación en el propio griego, a *a fortiori* lo tienen también otros. Bjorck se pregunta además: si tal construcción se debe a la traducción de un presunto original arameo, ¿por qué no se encuentra apenas en Mt y sí en Lc? Por otra parte, añade, la correspondiente construcción aramea no es portadora de una «función progresiva», durativa, como sí lo es en la lengua lucana (pp. 67 ss.)⁵⁶.

Sobre el mismo tema abunda la obra de W. J. Aerst, *Periphrastica* (Amsterdam, 1965), aunque con resultados diferentes. El autor, en un estudio renovado y más amplio, llega a la conclusión de que ese estilo de construcción perifrástica del NT no puede reducirse —por su uso y significado— a la misma o parecida del griego clásico.

H. B. Rosén reanaliza la cuestión, ciñéndose al griego neotestamentario, en el artículo « $\tau\eta\nu$ διδασκων et questions apparentés. Mises au point sur les contacts linguistique néotestamentaires» (*Bull. Soc. Ling.*, Paris 62, 1967, XXI ss.)⁵⁷. Rosén acepta la argumentación de Bjorck contra los que sustentan la autenticidad de ese semitismo basados exclusivamente en la frecuencia, no clásica, de su aparición en los evangelios. Pero él esgrime otro argumento: el entrecruzamiento de funciones por influjo del bilingüismo. Si en el NT se usara la forma perifrástica con una funcionalidad no griega sino aramea, deberemos suponer en acción la influencia del sustrato arameo.

Rosén analiza las formas perifrásticas de Lucas con el siguiente resultado: 1) formas perifrásticas supletivas morfológicamente (ejemplo: τετραραγμένοι εἰσὶν por τεταράχχεται) = 20 %; 2) formas perifrásticas usadas con una funcionalidad clásica = 48 %⁵⁸ 3) formas perifrásticas cuyo empleo está condicionado estilísticamente por un mero paralelismo con una construcción de adjetivo más cópula = 12 %; 4) formas perifrásticas del verbo «ser» en pasado

⁵⁶ En contra, cf. H. Odeberg, *The Aramaic Portions of Bereshit Rabba, with Grammar of Galilean Aramaic*, Lund-Leipzig, 1939, 98 ss. Cf. también, para el nuevo material arameo, E. Martínez Borobio, *Estudios lingüísticos sobre el arameo del Ms. Neófiti I* (tesis doc. *Resumen*, pp. 33 ss.), Madrid, 1975.

⁵⁷ Cf. los trabajos complementarios, «Die zweiten 'Tempora' des Griechischen. Zum Prädikatsausdruck beim griechischen Verbum», *Mus. Hel.* 14, 1957, 133 ss.; «On the Use of the Tenses in the Aramaic of Daniel», *JSS* 6, 1961, 183 ss.

⁵⁸ Según Rosén, el efecto sintáctico de la paráfrasis en griego clásico es el siguiente: la paráfrasis se descarga de la función (lógica) predicativa y toma a su cargo otra parte, no verbal, de la frase. Ésta, a su vez, pasa a ocupar un puesto de relieve, normalmente el centro del mensaje de la frase.

con verbos de valor «cursivo» (no puntual) = 20 %. Sólo en este último caso la funcionalidad sintáctica de la perífrasis no es griega. Ha sido neutralizada por efecto del sustrato semítico.

§ 29. Dos importantes artículos de H. F. D. Sparks, «The Semitism of St. Luke's Gospel» (*JThS* 44, 1943, 129 ss.) y «The Semitism of the Acts» (*JThS* 1, 1950, 16 ss.), intentan fundamentar con mayor amplitud una tesis incoada ya por Wifstrand (cf. § 27) y que luego veremos ampliamente desarrollada en D. Tabachovitz (cf. § 34): el uso de los LXX por Lucas como recurso estilístico a ultranza.

El planteamiento es básicamente el de Wifstrand, por lo que sólo insistiremos en lo específico de Sparks. Algunos de los semitismos encontrados en Lucas, opina, son tan peculiarísimamente lucanos que requieren una explicación especial.

Sparks pasa revista a tres soluciones posibles: a) el evangelio de Lc es una traducción de un original arameo (hipótesis de C. C. Torrey); b) los semitismos se deben a las fuentes que Lucas utiliza; c) Lucas semitiza conscientemente. La primera hipótesis queda excluida por la solución —que Sparks considera segura— del problema sinóptico. Es algo demostrado y admitido que las dos fuentes principales de Lucas, Mc y «Q» fueron escritas originalmente en griego. La segunda y tercera hipótesis son plausibles y no se excluyen mutuamente. En principio, uno se siente inclinado por la segunda⁵⁹. Pero ¿cómo explicar, por ejemplo, que Lc remodele en tono semitizante al mismísimo Mc?⁶⁰. Lo único razonable es pensar en la tercera hipótesis, c).

Por otra parte, argumenta Sparks, no se ve claro por qué Lucas elimina conscientemente ciertos aramaísmos (por ejemplo, Mc 4, 41 suprimido en el paralelo lucano) ni por qué se desprende del tercer evangelio una especie de atmósfera hebrea. En algún caso (5, 12 por ejemplo) nos parece estar ante una traducción literal de un texto hebreo. Ahora bien, como no puede probarse la existencia de tales textos, sólo queda una solución lógica y verosímil: ¡una influencia directa de la biblia cristiana griega, los LXX, cuyo lenguaje es a veces un mero calco del hebreo!

⁵⁹ Los argumentos son los conocidos: Jesucristo predicó en arameo; las traducciones fidedignas de sus *logia* debieron conservar las huellas del lenguaje primitivo; Mc y «Q» son ricos en semitismos, etc.

⁶⁰ Ejemplo: Mc 12, 1-2 = Lc 9, 19.

Sparks divide en cinco apartados el influjo de la versión alejandrina en Lc: 1) las citas del AT en el tercer evangelio proceden de los LXX⁶¹; 2) igualmente casi todas las formas de los nombres propios; 3) el vocabulario característico lucano es explicable a partir de los LXX; 4) cierta fraseología, también típica, tiene sus paralelos en la versión griega; 5) en algunos casos, Lucas parafrasea a Marcos de acuerdo con los LXX y su lenguaje.

Sparks no se detiene en el mero análisis y descripción de los fenómenos lingüísticos, sino que aplica estos resultados filológicos a la posible resolución del problema de la tercera fuente de Lucas («Sondergutes» o material exclusivo). Por analogía estilística de estos pasajes con los procedentes de «Q» o Mc, Sparks deduce que Lucas no tuvo delante ninguna fuente escrita, sino que remodeló en estilo septuagintístico la tradición oral.

En el segundo artículo, Sparks somete a una severísima crítica la hipótesis de C. C. Torrey respecto a los *Hechos de los Apóstoles* (un original arameo, traducido luego, subyacente a He 1, 1 b - 15, 35). Con una metodología semejante a la del artículo anterior concluye Sparks que los semitismos de esta primera parte de *Hechos* se pueden explicar también por una asimilación consciente al estilo septuagintístico. Respecto a los de la segunda parte, no hay problema. Torrey mismo se ve forzado a admitir que tienen su origen en imitación de los LXX⁶².

§ 30. En 1944 apareció la segunda parte del artículo de J. Munck que comentábamos en § 2. El autor se ocupa ahora del problema de los semitismos. En principio acepta como única base razonable la idea del hebraísta P. Jouon⁶³: sólo después de haber comprobado

⁶¹ Sobre este particular, cf. T. Holtz, *Untersuchungen über die alttestamentlichen Zitate bei Lucas* (Berlín, 1968), con la reseña de N. Fernández Marcos en *Emerita* 37, 1969, 214 ss.

⁶² Sparks aplica igualmente los análisis lingüísticos a la resolución del problema de fuentes (en qué grado depende el autor de documentos escritos en arameo) y a cuestiones literarias (en qué grado los semitismos arrojan luz sobre la personalidad de Lc y su método de escribir) con resultados negativos: los argumentos presentados no son contundentes. La imitación de los LXX, tan constante, inclina a pensar en un remodelamiento lucano de la pura tradición oral.

⁶³ «Quelques aramaismes sous-jacents au grec des Evangiles», *RSsR* 17, 1927, 210 ss. Cf. también § 34. Importante es también su obra «L'Évangile de Notre

que tal peculiaridad del texto griego no es explicable por el griego mismo (cf. Colwell § 9) se ha de recurrir al hebreo o arameo.

Munck concibe su aportación al problema de los semitismos como un conjunto de reflexiones metodológicas. Las divide en siete puntos: 1) El griego vulgar en tiempos del NT. Munck considera como una adquisición definitiva, tras la reacción contra Deissmann, la idea de que el griego del NT no es simplemente el lenguaje popular de la época. Munck postula la necesidad de distinguir entre diversos grados de lenguaje literario para situar en ellos a cada uno de los libros, por separado, del NT. Sus desiderata —necesidad de efectuar estudios a fondo de estilística griega y judía— han sido en parte cumplidos por Rydbeck (cf. § 10, más las salvedades de 26). 2) La lengua aramea en tiempo de Jesús. Es absolutamente necesario llegar a una distinción precisa entre hebraísmos y aramaísmos. Hay que reconstruir con más precisión el arameo galilaico⁶⁴. 3) No hay pruebas contundentes sobre la existencia de una lengua «grecojudía» (cf. §§ 3.4.5.20) 4) Semitismos de lengua materna. La disciplina de «Introducción al NT» nos pone en guardia contra la idea de que los autores de las epístolas católicas sean los primitivos apóstoles. Por tanto, no se puede, en principio, postular en estos escritos semitismos de «lengua materna» (cf. en 1974 A. W. Argyle, § 15). 5) Sobre el «griego de traducción». El único argumento con visos de convincente es el de las faltas de traducción⁶⁵. Ahora bien, los ejemplos propuestos presentan en general un texto menos verosímil e interesante que el actual. Las «cruces» exegéticas suelen resolverse en meras banalidades. 6) los semitismos «bíblicos». Munck se muestra decidido partidario de la tesis de Wifstrand (cf. § 27). Es ésta la única vía de investigación realmente sólida, pues sabemos positivamente del influjo de los LXX y conservamos su texto. Todo

Seigneur Jésus-Christ. Traduction et commentaire du texte original grec compte tenu du substrat sémitique», Paris, 1930.

⁶⁴ En ello se trabaja hoy intensamente. Cf. B. Grossfeld, *A Bibliography of Targum Literature*, Hebrew College Press, Nueva York, 1972, arameo galilaico en pp. 41 ss. Como complemento, cf. el 4.º volumen de la edición del Ms Ncófiti 1, de A. Díez Macho, Madrid, 1974, bibliografía.

⁶⁵ Presuponiendo un texto arameo de base, por mutación de consonantes de grafía parecida, o por distinta vocalización de un mismo grupo de consonantes, se obtiene una lectura diversa que parece rendir cuenta del texto griego incomprensible o de sus variantes más cualificadas. Abundantes ejemplos en la obra de M. Black (§ 32), pp. 186 ss.; 197 ss.

estudio de los semitismos ha de comenzar por aquí (cf. D. Tabachovitz, § 34; Munck parece desconocer los artículos de Sparks, § 29). 7) Hay que distinguir cuidadosamente entre semitismos primarios y secundarios (cf. K. Beyer, § 35). Los primeros son violaciones conscientes del espíritu de la lengua griega. Los segundos son siempre construcciones posibles en griego, pero empleados con frecuencia inusitada por influjo de la frase semítica paralela (cf. §§ 28.37). No se puede conceder a los secundarios más importancia de la que en realidad tienen.

Munck propone como recomendación final la elaboración de una serie de monografías sobre palabras y construcciones «semitizantes» objeto de discusión. Para ello son necesarias personas especializadas en dos ramas de la filología que rara vez crecen juntas, la clásica y la semítica (cf. § 26). Es una satisfacción el que una buena parte de los *desiderata* de Munck se hayan cumplido ya (cf. también §§ 32 y ss.), pero aún queda un gran gran trecho por recorrer (§§ 53.54).

§ 31. En el campo de las consideraciones metodológicas mencionemos aquí —aunque sea transgrediendo nuestro propósito cronológico— el artículo de E. Pax, «Die Syntaktischen Semitismen im NT. Eine grundsätzliche Erwägung (*Studi Biblici Franciscani Liber Annuus* 13, 1962-1963, 136-162). El autor afirma, en la línea reactiva contra Deissmann-Moulton, la realidad innegable de un gran número de semitismos. Su origen se retrotrae a fuentes orales o escritas. Con la composición del NT como tal en su medio concreto, esos semitismos sufrieron cambios notables. La koiné afectó y coloreó los términos y expresiones judías de esas antiguas tradiciones. Éstas se grecizaron, con lo que pudieron ser utilizadas por los autores del NT. El Apocalipsis es una muestra de que tales semitismos se emplearon como medio literario. En la Epístola de Santiago, por ejemplo, sirven de ayuda a la parenesis cristiana. En Lucas, por el contrario, se encuadran dentro de una imitación estilística deliberada. En conclusión: es necesario estudiar los semitismos no sólo en su origen, sino en la intención de cada autor. Para mejor comprenderlos hay que esforzarse, inevitablemente, en relacionarlos con el lenguaje coloquial de su tiempo, y con la intencionalidad estilística.

§ 32. El libro de M. Black, *An Aramaic Approach to the Gospels and Acts* (1.^a ed., 1946; 3.^a, 1967 Oxford), es hoy uno de los clásicos y fundamentales sobre el tema. Esta obra reorganiza toda la masa de material que estudiosos anteriores a ella habían ido recopilando. Black busca ante todo establecer una línea de valoración y unos resultados suficientemente fijos dentro de un terreno expuesto al viento de las polémicas sin fin. Su obra es una muestra cabal de cómo los estudios filológicos son el medio indispensable, en algunos casos único, para arrivar al núcleo originario de la tradición cristiana.

Black corrige y precisa la antigua línea de Dalman, Torrey y Burney. La «aproximación lingüística» al sustrato semítico del NT no puede hacerse tan sólo a base de un hipotético Targum arameo. Hay que traer a colación cuantos datos puedan aportarnos los targumim (cf. nota 79) palestinos al Pentateuco, el Targum samaritano, el arameo cristiano-palestino y los descubrimientos más recientes de los fragmentos arameos de Qumrán y Neófiti 1. La «aproximación textual» al problema consiste en la preferencia razonada —en contra de las ediciones del NT de Wescott-Hort, Tischendorf, etc.— por el Codex Bezae Cantabrigensis (D)⁶⁶ como portador de una tradición más antigua (cf. § 46).

Black pretende un tratamiento exhaustivo de los temas pertinentes. Su trabajo aborda las siguientes cuestiones principales: estilo y estructura de la frase (orden de palabras, construcciones paratácticas, etc.); sintaxis de las oraciones subordinadas. Influencia aramea en el uso del artículo, pronombre, conjunciones, verbo, etc. Aparte de estas cuestiones gramaticales, las formas poéticas semíticas reciben también un tratamiento adecuado. Con ello se hace hincapié en un trasfondo rítmico y poético semíticos en sentencias que el lector, no iniciado, difícilmente comprende en toda su complejidad.

Son importantes las páginas que Black dedica a las traducciones directas del arameo en los evangelios. Sobre todo a las posiblemente erróneas. Su mayor mérito consiste en intentar precisar las reglas del género: que la traducción propuesta sea aceptable; que

⁶⁶ Información al respecto en H. Zimmermann, *Los métodos histórico-críticos en el Nuevo Testamento*, Madrid, 1969, 60 ss.

no se base en un arameo demasiado conjetural; que explique satisfactoriamente un texto griego incomprensible; que no juzgue con a priori lingüísticos, distinguiendo entre lo que es restitución probable y la que se impone claramente.

Sus conclusiones generales pueden condensarse así. Los evangelios fueron compuestos evidentemente en griego; no son una traducción directa del arameo como han sostenido algunos. Pero tras la lengua de los evangelios palpamos una fuente o tradición claramente aramea. Ésta comprende casi exclusivamente los *logia* de Jesús. En Mc, empero, se hace palpable también en ciertos diálogos y secciones narrativas. Fuera de aquí, el sustrato arameo se hace más discutible puesto que los evangelios emergieron de la mente de sus autores como una producción literaria griega. ¿Cómo rendir cuenta del hiato que separa a las fuentes arameas de nuestros evangelios griegos? ¿Cuál es la parte de los autores en la composición definitiva? Éstos son problemas que competen a la «Historia de las Formas» y a la «Historia de la Redacción» como disciplinas de crítica literaria. Pero, afirma Black, la lingüística ayuda a creer que muchos *logia* de Jesús contenidos en aquellos originales arameos no fueron modificados sustancialmente —contra las tesis de R. Bultmann⁶⁷ y M. Dibelius⁶⁸— por la comunidad cristiana primitiva. La reconstrucción aramea, no sólo de las particularidades gramaticales sino de la forma poética de los dichos de Jesús, es otra garantía más de su autenticidad.

Este tratado de Black, ya clásico, ha encontrado general aceptación⁶⁹, aunque —como ha señalado otro especialista, J. A. Fitz-

⁶⁷ *Geschichte der Synoptischen Tradition*, Göttingen⁶, 1964.

⁶⁸ *Die Formgeschichte des Evangelium*, Tübingen⁵, 1966. Información introductoria en castellano en H. Zimmermann, *op. cit.*, nota 64, pp. 131 ss. y E. Lohse, *Introducción al NT*, Madrid (Ed. Cristiandad), 1975, 115 ss.

⁶⁹ C. K. Barret, sin embargo, sin negar el sustrato semítico general, pone en duda casi todos los ejemplos analizados por Black (*The Gospel according to St. John*, Londres, 1955). Muchos consideran la tesis aramaísta como atractiva, pero opinan que la fuente de tales semitismos no es el sustrato arameo originario, sino quizás el paso de esa tradición a través de Siria. Cf. la recensión de D. B. Botter en *RThAM* 15, 1948, 370. Cf. también R. le Deaut, «Le substrat araméen des évangiles: scolies en marge de l'*Aramaic Approach* de M. Black», en *Biblica* 49, 1968, 388 ss. Véase también la importante recensión de J. Jeremias (cf. § 38), en *ThLZ* 1949, 531 ss.: «Die aramäische Vorgeschichte unserer Evangelien».

myer⁷⁰— no es aún el trabajo definitivo. La falta de separación nítida entre hebraísmos y aramaísmos es una seria objeción que puede formularse contra toda la 3.^a parte («Semitic Poetic Form»). Black, por otro lado, no parece haber prestado la atención debida al conocimiento que hoy poseemos del griego helenístico (debido, quizás, a su polarización exclusiva en lo «semítico»; esto ha podido traer como consecuencia un cierto descuido de los resultados obtenidos por los «helenistas»). Las adquisiciones de la obra de K. Beyer (cf. § 35) tampoco reciben la consideración adecuada. En otro aspecto, aunque Black dedica un capítulo entero a los nuevos descubrimientos de arameo palestino (Qumrán-Neófiti), su utilización real en el libro es muy exigua. A pesar de estos y otros posibles defectos no es exagerado afirmar que no poseemos hoy ningún estudio de conjunto que le supere.

§ 33. A pesar de su deseo de exhaustividad, el libro de Black no ha puesto fin a una larga disputa, y los autores sucesivos siguen alineándose en las posiciones de antaño, esgrimiendo antiguas armas. Así S. G. Kapsomenos, en «Das Griechische in Aegypten» (*Mus. Helv.* 10, 1953, 247 ss.), parece ignorar por completo los resultados de Black. El tema de su artículo es propiamente un análisis de las posibles influencias del copto en el griego de Egipto⁷¹. Kapsomenos no se siente partidario del influjo de una lengua sobre la otra. Incluso en fonética (salvo confusión de *tenues*, *mediae* y *aspiratae*: β-γ; κ-χ; β-π; δ-τ; y líquidas λ-ρ) no es lícito hablar de influjo serio del copto sobre el griego. Mucho menos cuando el fenómeno que se discute está representado en griego moderno. Ni siquiera para Alejandría —donde vivían unos 400.000 judíos— puede admitirse, a la luz de los paralelos del griego moderno, una lengua influenciada por el egipcio. Consecuentemente, Kapsomenos postula que el número de semitismos de la Biblia griega se reduzca al míni-

⁷⁰ Reseña en *CBQ* 30, 1968, 417 ss.

⁷¹ Cf. el artículo de T. L. Lefort: «Pour une Grammaire des LXX», *Muséon* 41, 1928, 152 ss.: el copto, lengua no semítica, pero de sintaxis parecida, ha influido tanto en el griego coloquial del Egipto ptolomaico que explica la cantidad de construcciones, encontradas en los papiros, parecidas a las semitizantes de los evangelios. Cf. un resumen y valoración en el artículo de J. Vergote, cit. en § 1, cols. 1354 ss.

mo. Continúa así literal y taxativamente la línea más ortodoxa de Deissmann-Thumb⁷².

Por su parte, W. L. Grant, en el artículo «Hebrew, Aramaic and the Greek of the Gospels» (*Grece and Rome* 39-40, 1950, 115 ss.), presenta como postura ideal la posición de Lagrange respecto a los semitismos del NT, no la posición extrema de Wellhausen⁷³ ni la de Deissmann. En consecuencia, señala 20 semitismos sintácticos «cier-tos» en los evangelios⁷⁴ y otra buena serie en la lexicografía⁷⁵.

§ 34. Otro hito importante en esta discusión es la obra de D. Tabachovitz, *Die Septuaginta und das Neue Testament*, Lund, 1956. El autor, excelente helenista, desarrolla en toda amplitud las tesis de Wifstrand (§ 27) y Sparks (§ 29), pero ampliándola al conjunto total del NT. No sólo en Lucas se daría esta imitación cons-ciente y constante de los LXX, sino en el resto de los escritores del NT.

Ya el capítulo 1.º de su obra, «Angebliche Aramaismen» intenta eliminar los tres aramaísmos —ἀφεις (καταλαπών); ἤρξατο y εὐθύς (παροαχρημα)— que la misma autocrítica de G. Dalman había dejado como «intocables». En sucesivos capítulos aborda los problemas de las construcciones de participio (conjugación perifrástica y partici-pios pleonásticos⁷⁶), uso de preposiciones, negaciones y problemas

⁷² Cita en su apoyo la obra, ya anticuada, de A. Thumb (cf. nota 12), pp. 185 s.

⁷³ *Einleitung in die drei ersten Evangelien*, Berlin², 1911, 7-32.

⁷⁴ Helos aquí en brevísimos resúmenes: frecuencia de «nominativus pendens»; notable frecuencia del asíndeton; igualmente de la parataxis; la oración subordinada substancial igual a la parataxis con waw hebrea; frecuencia de *hōs* temporal = aram. *kadh*; uso irregular de ὅς; ὅτι; ἴνα; ausencia del artículo definido = «estado constructo» del heb.; vocativo por nominativo; pronombre proleptico; pronombre relativo resumptivo; empleos peculiares de πάλιν; uso de ἀπό μ(ας); positivo por comparativo; τί introduciendo una cuestión indignada = aram. *mah*; cardinal por ordinal; aoristo traduciendo el perfecto estativo del hebr.; verbo activo con sujeto indefinido en vez de voz pasiva; abuso de la perífrasis; futuro yusivo con más fuerza que en ático donde era un imperativo débil.

⁷⁵ ἀνέστη μετὰ = «se levantó, disputó» (aram.).

καρπὸν ποιεῖν = locuc. direc. heb.

ὄφελημα = deuda, pecado (aram.).

εἰς + acus. con εἶναι; γενέσθαι (heb.).

μετὰ + genit., con el significado de «referente a» (heb.).

⁷⁶ Al estilo de «respondiendo» dijo; «abriendo su boca» les decía, etc. Cf. nota 14.

diversos de léxico. Todo queda explicado por el mismo principio, el septuagintismo estilístico a ultranza de todos los escritores del NT.

A pesar de los indudables aciertos de esta tesis, su unilateralidad hace tal solución inaceptable en conjunto. No parece recomendable, en 1956, tomar como punto de partida las tesis, casi decimonónicas, de Dalman. Tabachovitz parece ignorar cierta bibliografía básica, como los artículos de Sparks, la obra de Sperber⁷⁷, el notable apéndice de Howard sobre los semitismos en la gramática de Moulton (II 411-485), la gramática hebrea de P. Jouon con sus alusiones a los semitismos del NT (cf. también nota 61) y la profusa obra de J. Jeremias, quien en libros y artículos diversos (cf. § 38) ha puesto constantemente de relieve el sustrato arameo de los evangelios. El apegamiento exclusivo a un solo principio de explicación hace que Tabachovitz rechace o ignore las plausibles explicaciones de otros especialistas.

Sin embargo, los argumentos de Tabachovitz convencen en Lc. Pero al poner a éste en pie de igualdad con Mt o Mc se pasa de lo conveniente. Por otra parte, y esto constituye también un serio inconveniente, existe un evidente desequilibrio entre la atención prestada a los Sinópticos-*Hechos* y al resto del NT. Respecto a los primeros, Tabachovitz estudia 84 pasajes; en todo el resto, sólo 16 (salvo error nuestro): 5 del evangelio de Juan; 2 de las epístolas johánicas, 2 del Apoc. y 7 de Pablo. Mas con todas estas observaciones no queremos restar méritos a un libro y a una tendencia explicativa segura, que logra demostrar una influencia estilística de los LXX sobre *todo* el NT mayor que la pensada hasta ahora. Sólo la unilateralidad es inadmisibile.

§ 35. En 1962 (2.^a ed., 1968, Göttingen) apareció el tomo I, 1.^a parte, de una *Semitische Syntax im Neuen Testament*. El autor, K. Beyer, presenta sólo una pequeña parte de lo que podría ser una sintaxis completa del NT bajo este punto de vista.

Beyer se decide a examinar a fondo de nuevo el manido tema precisamente porque el conflicto entre «helenistas» y «aramaístas» es demasiado antiguo. Su investigación parte, empero, de dos supues-

⁷⁷ *The New Testament and LXX*, Nueva York, 1940.

tos hoy comúnmente aceptados: 1) la lengua vernácula de Palestina es el arameo (y por tanto la materna de Jesús); 2) los textos del NT son verdaderamente griegos. No se les puede considerar «griego de traducción», equiparándolos consciente o inconscientemente a los LXX. Esto no obsta, opina, para que en las partes del NT que tratan directamente de Jesús y la comunidad primitiva palestinese podamos encontrar toda una gama de posibilidades, desde algunas traducciones literales de un original arameo, hasta grandes contextos reelaborados y pensados en una buena koiné.

Beyer se ocupa de los siguientes problemas: frases introducidas por *καὶ ἐγένετο ὁ καὶ ἔσται* con determinaciones temporales; *καί* al comienzo de una oración subordinada; problemas generales de hipotaxis (pp. 29-75) y oraciones condicionales (pp. 76-287). Su metodología es rigurosa: comparación del griego del NT con el clásico, papiros y arameo. En muchos casos con las lenguas semíticas en general, de donde se pueda deducir, con toda verosimilitud, que tal o cual construcción debió existir también en arameo palestinese aunque de hecho no esté expresamente atestiguada. Beyer utiliza categorías modernas de lingüística lógica, presta atención a la psicología del lenguaje y a la evolución histórica.

El resultado de sus análisis pormenorizados se condensa en cuadros estadísticos y en un índice de pasajes del NT etiquetados con una sigla. Ésta indica el grado de pureza griega o influjo semítico del pasaje en cuestión. De acuerdo con autores precedentes (cf. §§ 30.8, etc.), Beyer distingue entre semitismos en general, hebraísmos, aramaísmos y construcciones perfectamente griegas. Entre ellas establece una gradación. Ésta procede desde «construcción más frecuente en semítico que en griego» hasta «no testimoniado en griego, semitismo seguro», pasando por «más frecuente en griego que en semítico» y, en el otro extremo, «totalmente griego». A todo ello hay que añadir tres grados de septuagintismos, desde «verosímil» hasta «cierto».

Las conclusiones de Beyer pueden resumirse así: semitismos claros sólo se encuentran en los Sinópticos, en la Epístola de Santiago y en el Apocalipsis⁷⁸. En Lc, muchos de ellos son septuagin-

⁷⁸ Si consideramos las construcciones griegas puras de estos textos como 100, la proporción, respecto a este número, de semitismos es la siguiente: Mt = 329; Lc = 308; Mc = 185; Sant. = 170; Apoc. = 165; 1-3.ª Jn = 125; Ev. Jn. = 110; Epís-

tismos. En el Evangelio de Jn y en las epístolas johánicas encontramos hebraísmos, no aramaísmos. Sólo este hecho convierte en imposible la hipótesis de que el cuarto evangelio sea una traducción del arameo o se base en fuentes redactadas exclusivamente en esa lengua. Este resultado concuerda espléndidamente con el hecho de que los textos de Qumrán emparentados con el cuarto evangelio están redactados casi exclusivamente en hebreo.

Los resultados de este admirable trabajo deben someterse, empero, a un *caveat* absolutamente necesario que nace de su misma incomplección. El autor mismo confiesa (p. 17) que presenta tan sólo una quinta parte de la materia total. ¿Confirmará ese resto las proporciones expresadas en los cuadros estadísticos de Beyer? ¿Pueden ofrecernos sus gráficas una perspectiva falsa precisamente por hacer hincapié en unos fenómenos, o construcciones, muy determinados, en concreto el énfasis en el καὶ ἐγένετο?

§ 36. En 1965, un discípulo de M. Black, Max Wilcox, profundiza el trabajo de su maestro ciñéndose a los *Hechos de los Apóstoles* (*The Semitisms of Acts*, Oxford). Su investigación abarca no sólo el mero estudio lingüístico de los semitismos residuales de *Hechos*, sino su posible conexión con diversos estados del texto del AT hebreo (masorético o no; targumim)⁷⁹ y griego (LXX u otras posibles versiones). Dentro de este conjunto, Wilcox intenta clasificar la naturaleza, sentido y probable origen de todos los semitismos inventariables en la segunda obra lucana.

tolas (salvo Sant. y 1-3.ª Jn) 41, 6. Pero véase el *caveat* que añadimos en el texto a continuación.

⁷⁹ El texto masorético es el impreso en nuestras biblias hebreas de hoy (por ejemplo, la edición de Kittel-Kahle). Es el producto de un texto consonántico antiguo (fijado en el siglo I de nuestra era) y de la labor vocalizadora (a partir del siglo VIII) de unos «punctadores» o «vocalizadores» (masoretas) de la región tiberiense. Los textos no masoréticos son residuos de posibles recensiones diferentes del texto hebreo consonántico anterior a esa fijación canónica del siglo I. Los Targumim son traducciones al lenguaje popular (aramaeo), más o menos parafraseadas, del texto hebreo canónico. Sobre el particular, cf. A. Díez Macho, *El Targum*, Barcelona (CSIC), 1972. Cf. también del mismo M. Black «Aramaic Studies and the New Testament: The unpublished Work of the Late A. J. Wensinck of Leiden», *JThS* 49, 1948, 157 ss. Igualmente, «Does an Aramaic Tradition underlie John 1, 16?», *JThS* 42, 1941, 69; «The Aramaic Spoken by Christ and Luke 14, 5», *JThS*, NS 1, 1950.

Los semitismos encontrados no pueden adscribirse a un sólo factor. Hay que distinguir tres clases diferentes: a) palabras, frases y versículos que reflejan cierta clase de afinidad o conocimiento de las tradiciones textuales del AT no griegos; b) palabras y frase de naturaleza semítica, pero adscribibles al influjo de la Biblia griega (LXX); c) otros semitismos no explicables por la influencia de los LXX.

La existencia de este material c) invita a cuestionarse si los *Hechos*, en conjunto o en parte, son traducción de algún documento perdido hebreo o arameo. Wilcox opina que no existen pruebas convincentes de ello. Los semitismos son, en realidad, tan poco numerosos que no sustentan semejante hipótesis (contra C. C. Torrey; cf. nota 23). ¿Cómo explicar, sin embargo, este material residual? Probablemente se trata, opina Wilcox, de fuentes arameas traducidas ya al griego cuando cayeron en las manos de Lucas. Éste las respeta, pero introduce aquí y allá —incluso en las partes más aramaizadas, caps. 1-15— elementos estilísticos y redaccionales peculiares. En el caso concreto de los documentos base de los discursos de Esteban (7, 1) y Pablo, en Antioquía de Pisidia (13, 11 ss.), la cuestión es algo diferente. Lucas parece obtener aquí sus datos de una fuente cuyo texto sacro del AT no era el *standard* hebreo, sino una traducción al arameo (un targum palestinese). El contacto con el arameo de Qumrán sugiere, quizás, un tipo de «florilegio» parecido a los hallados en la comunidad esenia (4 Q *Testimonia*).

También en los discursos, y en otros pasajes, la investigación descubre un material «kerigmático» o de «confesión de fe». La relativa ausencia de semitismos en esta parte conduce a Wilcox a sugerir que conservamos ahí no tanto la predicación primitiva de los apóstoles, sino ciertas tradiciones litúrgicas y apologéticas de la comunidad primitiva, compuestas a base de elementos fundamentales de los evangelios. No se puede, empero, afirmar con certeza, partiendo de meros estudios lingüísticos, si el material de base era tradición oral o fijada ya por escrito.

El trabajo de Wilcox está realizado con absoluta profundidad y es un modelo de investigación filológica. Los resultados globales son admitidos hoy por lo general.

§ 37. Recientemente, un artículo de M. Silva, «Semantic Borrowing in the NT» (*NTS* 22, 1975, 104 ss.) vuelve a replantear una parcela del viejo problema de los semitismos. Los estudiosos del NT, opina Silva, al considerar los préstamos semánticos del NT como una prueba de la existencia de fuentes semíticas, orales o escritas, de los escritos neotestamentarios no han demostrado más que una falta de perspectiva. Una breve reflexión sobre tales préstamos en el léxico confirman esta apreciación.

Los préstamos debidos a fenómenos culturales o psicolingüísticos (ὀφείλημα por ἁμαρτία = aram. *hwb'*; ἄρτος por βρῶσις = aram. *lhm*) no prueban suficientemente, ya que nuestros conocimientos del griego de Palestina son muy limitados.

Otros «aramaísmos» son en sí dudosos, ya que no podemos establecer un equivalente semítico exacto para ellos (ejemplo: ἐμβριμάσθαι = aram. *škh?*). En otros casos, aunque exista un paralelo semítico, persiste una duda razonable. No podemos afirmar con certeza si tal forma encuentra ahí su explicación o en una evolución interna, autónoma, del griego (ejemplo: δωρεάν en el sentido de «en vano»). Los préstamos inconscientes (θάλασσα equivalente a «lago» y no a «mar» = aram. *ym'*) se deben meramente al bilingüismo reinante. Otros, encuentran su explicación en usos estilísticos expresos (cf. Lucas y su empleo de los LXX). Y otros, en fin, son palabras técnicas como νόμος (aram. *hkmh*), ἄγγελος (*ml'k*), δόξα (*kbd*); γραμματεὺς (*sphr'*), etc. Tales términos no afectan a la estructura del idioma. Por otra parte, la influencia real de los LXX —a excepción de estos términos técnicos— es muy escasa. La versión griega ejerció su influjo en la fraseología especializada, pero no en la estructura de la lengua neotestamentaria. Se debe tener en cuenta, en último término, que los préstamos semánticos de lenguas semíticas son verdaderamente pocos en el NT. Eliminados los *termini technici*, Silva cuenta 60 hebraísmos y 20 aramaísmos. Es decir, un 1,5 %, de los cuales más de la mitad no son incontestables. Resultado: los préstamos semánticos semíticos en el NT no llegan al 1 %. Es éste un dato, concluye Silva, que no puede ignorarse al aseverar la influencia de las lenguas semíticas en el griego de Palestina.

§ 38. Aunque J. Jeremias no ha escrito ninguna obra consagrada única y específicamente a la cuestión filológica de los semitismos

en el NT, merece una especial consideración en este apartado de nuestra panorámica. Desde 1923 hasta nuestros días, el *leitmotiv* de sus múltiples obras⁸⁰ ha sido la búsqueda y demarcación de las «ipsissima verba Jesu». A lo largo de sus artículos y obras mayores ha ido comentando y aclarando múltiples pasajes del NT —sobre todo de los evangelios— inexplicables en su totalidad sin recurrir a los aramaísmos subyacentes.

Para Jeremias, una buena parte de los evangelios, especialmente *logia*, son casi «griego de traducción». El arameo del trasfondo, piensa, no ha influido sólo en el vocabulario y sintaxis, sino también en la forma poética de muchos *logia* de Jesús. Ésta se entrevé cuando despojamos a esas frases del ropaje griego y las pensamos en arameo. La retrotraducción nos pone de manifiesto cuán abundantes son los casos de asonancias, juegos de palabras y diversos sentidos, paralelismos antitéticos, repeticiones de ritmo, etc., que debió utilizar Jesús en su predicación aramea para facilitar la retención memorística de sus oyentes.

En 1975, F. J. Fernández Vallina ha presentado en la Universidad Complutense de Madrid una tesina bajo el título «Los semitismos en la obra de J. Jeremias». El trabajo no es más que una selección y un comienzo. Es ésta una tarea interesante que bien merece la pena ser ampliada y profundizada, completándola con una labor crítica y la confrontación de las aportaciones de J. Jeremias con las opiniones de otros especialistas.

IV. SEMÁNTICA Y LEXICOGRAFÍA

En este apartado no podemos recoger tampoco, naturalmente, los resultados parciales de múltiples artículos y obras menores sobre problemas o aclaraciones semánticas del léxico neotestamen-

⁸⁰ He aquí las más representativas: *Jerusalem zur Zeit Jesu* (trad. francesa, París, 1967); *La última Cena. Palabras de Jesús* (Madrid, 1975); *Las parábolas de Jesús* (Navarra, 1974); *La promesa de Jesús para los paganos* (Madrid, 1974); *Die Kindertaufe in den ersten vier Jahrhunderten* (Göttingen, 1958); *Abba. Studien zur Theologie und Umwelt des NT* (Göttingen, 1966); *Teología del Nuevo Testamento* (Salamanca, 1974); *El mensaje central del NT* (Salamanca, 1972).

tario. Queremos fijarnos, más bien, en las líneas maestras de una discusión general en torno al problema de la utilización del vocabulario bíblico. Esta polémica tiene repercusiones hasta el día de hoy en la valoración de obras tan fundamentales como el monumental *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament* de Kittel-Friedrich y en la metodología general.

§ 39. Hasta 1961, año de aparición del libro de J. Barr, *Semantics of Biblical Language* (Oxford) del que a continuación hablaremos, una línea de investigaciones había insistido con general aceptación en la diferencia de mentalidad entre los pueblos judío y griego. La diferencia se fundamentaba sobre todo en análisis de vocabulario. Esta diversidad de concepciones entre los dos pueblos no carece de importancia, se afirmaba, pues la impronta de las diversas mentalidades ha quedado marcada en los dos idiomas principales de la revelación.

El exponente máximo de esta tendencia es el libro de T. Boman, *Das Hebraische Denken im Vergleich mit dem Griechischen* (Göttingen³, 1960)⁸¹. El autor caracteriza vigorosamente los rasgos diferenciadores de dos maneras muy distintas de concebir el mundo. El pensamiento hebreo es dinámico, el griego, estático; éste, analítico, el hebreo, sintético; el hebreo es concreto, el griego, abstracto; el pensamiento de los griegos se caracteriza por la comprensión lógica del universo y las cosas; el hebreo, por la comprensión psicológica, menos fría, más vital.

Boman busca el sustento de esta caracterización yuxtapuesta en un análisis en profundidad del vocabulario hebreo, contraponiendo sus resultados al léxico griego y a lo que se deduce de la filosofía helénica. Así, por ejemplo, el carácter dinámico de los verbos hebreos de inacción, condición y cualidad en contraposición con la noción de «ser», eminentemente estática, de los griegos. O la diferencia entre la «palabra» (*dabar*) de los hebreos, dinámica y operante, y el *Logos* griego como concepto ordenado y razonable. Igualmente son muy diversas las concepciones —encarnadas en diferentes palabras y expresiones— de «apariciencia» e «impresión», de «tiempo» y «espacio», de simbolismo e instrumentalismo, etc.

⁸¹ Edición inglesa, usada en este artículo, *Hebrew Thought compared with Greek*, Londres, 1960.

La trascendencia de este tipo de investigación léxico-semántica se pone de relieve cuando pensamos que una justa apreciación de la «mente israelita» —según opinión generalmente aceptada— es una de las claves esenciales para la comprensión del lenguaje del NT. La expresión de la «unidad fundamental de los dos Testamentos» se percibe comúnmente en la existencia de un cierto número de términos, de rico contenido teológico, bien enraizados en el suelo hebreo, que forman el marco de las estructuras teológicas, expresadas en griego, del NT⁸².

§ 40. Barr eleva su voz indignada contra esta manera de proceder. No contra la «diferencia en sí de las mentalidades» y su recta percepción, sino contra la manera de fundamentarla. Por lo que respecta al NT, Barr ve en ella una reacción específica contra la interpretación «helenizante» del NT. Es una reacción insana, adversa a los que han hecho hincapié en el medio griego del NT, en el carácter normal de koiné de la lengua neotestamentaria, y en la influencia de la iglesia gentil con sus resabios de religiones místicas y filosofía helenística. La tendencia comparativista opuesta, afirma Barr, sostiene que el NT no comparte las típicas formas del pensar griego sólo porque haya sido escrito en esa lengua.

Toda esta postura, argumenta Barr, no tiene en cuenta las más elementales leyes de la semántica moderna. Su manera de valorar y emplear el material lingüístico de la Biblia no es aceptable. Barr se pregunta si existe o no una relación entre los esquemas religiosos de un grupo lingüístico determinado y las correspondientes estructuras lingüísticas de ese mismo grupo. Inquire, además, si la transferencia de estructuras y pensamientos religiosos a otros grupos lingüísticos se ve afectada por el cambio de los esquemas idiomáticos implicados en el uso de un lenguaje nuevo. Barr responde negativamente a ambas cuestiones.

Es ingenuo creer, sostiene, que la mentalidad de un pueblo puede leerse directamente de la estructura de su lengua. ¿Acaso los turcos carcen de la noción de diferencia sexual porque no tengan géneros en su lengua? (p. 29). El paralelismo lógico-gramatical es una ilu-

⁸² Cf. J. Barr, *op. cit.* 5.

sión. Ni en el léxico ni en la morfología, ni en la sintaxis existen más que fortuitas correspondencias.

Es un error también pensar que las palabras aisladas son portadoras de sentido. Este, y de un modo especial el religioso, no se halla en el vocablo aislado, sino en el contexto. Los exegetas han tratado de trabajar a partir de stocks de vocabulario. Barr acusa a los teóricos de la «teología bíblica» de no interpretar las palabras en sus contextos, de tomarlas casi directamente de los diccionarios y no de los conjuntos amplios en los que aparecen. Este proceder es un nuevo «romanticismo idealista», que pretende ver ideas tras las palabras, formas de pensamiento tras las estructuras gramaticales. Es una concepción desvariada creer que las estructuras teológicas se reflejan en las lingüísticas. No es así. El continente lingüístico de la afirmación teológica es la frase y el contexto, no la palabra (unidad léxica).

Error conexo con este tipo de mentalidad es, entre otros, el abuso del argumento etimológico. Olvidando los contextos y las diferentes matizaciones se intenta basar una subestructura teológica en meros vocablos, lo que conduce a una malinterpretación de las palabras mismas y a una especulación incontrolada⁸³. En concreto, la obra de T. Boman está plagada de semejantes errores de visión, y todo su intento de contraponer las mentalidades hebrea y griega a base del léxico es disparatado metodológicamente⁸⁴.

El enorme diccionario de Kittel-Friedrich (*ThWNT*) adolece de idénticos defectos fundamentales. La disposición misma en forma de diccionario de *palabras* y su afán de oponerse a una interpretación psicologista de la religión lleva a los autores diversos a realigar los vocablos con eventos o realidades. Otro error es la constante confusión de «palabras» con «conceptos». Además, la concen-

⁸³ Es lo que Barr llama la «falacia de las raíces» (*op. cit.*, 100 ss.): el considerar a la raíz como una entidad lingüística dotada de una significación sustancial y deducir de ello consecuencias teológicas. Según Barr, esto significa conceder a la raíz una entidad desaforada, casi como una «idea» platónica.

⁸⁴ Cf. su crítica en pp. 46 ss.; 96 ss.; 100 ss. (*op. cit.*). Un error típico de estos estudios pseudofilológicos es la enumeración incompleta. Boman, y otros, presentan algunas particularidades del hebreo que sugieren un esquema de oposición entre las mentalidades semítica y griega. Pero no se preguntan si existen otros datos neutros o que surgieren más bien lo contrario. Otras veces se admite *a priori* un hecho y se procede luego a buscarle una base pseudofilológica.

tración mental en los usos teológicos, filosóficos y religiosos en general de un vocablo determinado hace que se olviden los usos que no coinciden con esos tipos. Así se deforma la semántica de la palabra.

El *ThWNT*, añade Barr, se basa en esencia en la teoría lexicográfica de J. Kögel⁸⁵, la distinción entre una lexicografía «interna» y «externa». Un léxico «externo» (el de W. Bauer por ejemplo⁸⁶) es el que registra las palabras, sus lugares de aparición y sus combinaciones. La lexicografía «interna», por el contrario, es la que intenta penetrar en el mundo interior del pensamiento. Con este sistema aparecen las «conexiones» con la estructura mental hebrea: una palabra puede ser «externamente» griega, pero su significado «interno» es «hebraicocristiano». Ahora bien, toda esta teoría de Kögel-Kittel es errónea. La razón básica, con palabras del mismo Barr, es la siguiente: «el tipo de lexicografía «externa» trata ya de la semántica, es decir, de la función significante de las palabras. No existe un departamento extra en los vocablos del que pueda ocuparse la lexicografía «interna» puesto que las palabras no poseen más que su función semántica»... «una lexicografía de tipo «externo» sólo podría separarse artificialmente si se confinara voluntariamente a meras listas de palabras, en las combinaciones y formas variadas del lenguaje original, sin indicar el sentido. La idea de un léxico «especial» está justificada sin duda..., pero no puede llevarse a cabo del modo como sugiere Kögel... es extremadamente problemático pensar que un tipo de léxico ha de penetrar en el mundo interior del pensamiento de un modo que el otro no debe» (p. 245).

Por último, y en conexión estrecha con argumentos anteriores, Barr niega otro de los supuestos base del *Wörterbuch* de Kittel, que el cristianismo ejerciera un poder moldeador del lenguaje. Según Barr la nueva religión, por el contrario, no alteró el significado de las palabras, sino que expresó meramente cosas diferentes, en contextos diferentes, con palabras semejantes. La originalidad de las estructuras religiosas cristianas no consistió en la produc-

⁸⁵ Discípulo de H. Cremer (cf. nota 18) y editor de la última edición del *Biblisch-Theologisch Wörterbuch der neutestamentlichen Gräzität*.

⁸⁶ *Griechisch-Deutsches Wörterbuch zu den Schriften des NT und den übrigen urchristlichen Literatur* (Berlín,⁵ 1971). Existe adaptación inglesa de W. F. Arndt y F. W. Gingrich. Cf. nota 26.

ción de palabras o conceptos nuevos. Tampoco en dar nuevo contenido a palabras añejas, sino en nuevas combinaciones de palabras en las que el valor semántico de los vocablos en sí no cambian, o sólo muy ligeramente. El nuevo concepto se expresa por el nuevo contexto o «combinación».

Tras lo expuesto en líneas anteriores, el lector podrá comprender fácilmente cómo las ideas de Barr afectan directamente a la controversia sobre la naturaleza del griego bíblico. Para Barr es impensable lo que H. Cremer —y modernamente, en cierto aspecto, N. Turner— afirmó de una «lengua del Espíritu Santo». Barr sigue así la antigua línea de Deissmann en toda su pureza (cf. pp. 238 y siguientes)⁸⁷.

§ 41. Naturalmente, el libro de Barr ha levantado una nube de polémica. En primer lugar, uno de los más duramente vapuleados, T. Boman se aprestó a responder cumplidamente⁸⁸. Vamos a ceñirnos a reseñar lo puramente lingüístico de su respuesta. Es falso, argumenta, que la única posibilidad científica de abordar el problema de la utilización correcta del material lexicográfico de la Biblia sea la lingüística formal y lógica. Barr olvida que existe además la Filología, un método más complejo de enfrentarse con esas cuestiones. La aceptación de los supuestos de Barr significa caer en un puro positivismo, inaceptable en el estudio de la teología bíblica. La «lingüística» de Barr excluye *a priori* el punto de vista psicológico en la ciencia del lenguaje. Barr niega la posibilidad de una interacción entre la idiosincrasia mental y la estructura lingüística de un pueblo. Pero sí existe tal posibilidad, a saber, que ambas se encuentren condicionadas por una situación originaria (características geográficas, sociales, históricas, etc.).

⁸⁷ Otra obra de Barr, con las mismas ideas de fondo, es *Biblical Words for Time* (Londres, 1962). Barr trata de la interpretación de los vocablos pertinentes en las obras de J. Marsh, J. A. Robinson y O. Cullmann. Sobre la independencia de la semántica frente a la «teología bíblica», cf. del mismo Barr «Semantics and biblical Theology. A Contribution to the Discussion», en *Suplem. a Vetus Testamentum* 22, 1972, 11 ss.

⁸⁸ En dos recensiones, que sepamos, al libro de Barr (*Semantics...*), *SJTh* 15, 1962, 319 ss. y *ThLZ* 87, 1962, 262 ss. Luego, en la 4.^a ed. de su *Hebraisches Denken...*, pp. 183-193.

Los ataques de Barr contra la idea de que la raíz hebraica es portadora de un sentido determinado son falaces. Los argumentos de que también en otras lenguas existen raíces con un cierto sentido, pero imposible de generalizar, no son pertinentes. No se puede comparar el hebreo con otras lenguas, puesto que en la primera sí se *siente* a la raíz como algo palpable; en las demás, no. Por último, si fuera verdad que una palabra no es capaz de una transformación semántica, habría que afirmar, por ejemplo, que el vocablo «Dios» significaría lo mismo pronunciado por un judío estrictamente monoteísta o por un politesita pagano.

Otros críticos⁸⁹ completan las apreciaciones de Boman. J. Barr no ha resuelto los puntos claves de la investigación lingüístico-filológica en la Biblia, por ejemplo cómo se relaciona la semántica descriptiva con la histórica y qué métodos se deben emplear. En el campo del AT, sobre todo, sí se puede intentar históricamente recobrar las instituciones que moldearon las estructuras de la tradición oral israelita. Luego, por medio de un análisis crítico formal, se pueden determinar las relaciones entre la estructura lingüística y su situación originaria. Otros críticos se resisten a admitir la idea de que la investigación ha de concentrarse en lo que el escritor dice y no en las *palabras* con las que lo dice. Pero lo más difícil de aceptar es, quizás, la vuelta implícita de Barr a un deissmanismo puro, es decir, la afirmación de que el cristianismo no tuvo ningún poder moldeador de la lengua.

G. Friedrich, coeditor del *ThWNT*, ha consagrado un artículo amplio, «Zum Problem der Semantik» (*Ker. und Dogma* 14, 1970, 41 ss.) a la polémica suscitada por Barr. Tras pasar revista a la moderna semántica, desde los comienzos con C. Riesig en 1839 (*Vorlesungen über lateinischen Sprachwissenschaften*) hasta los estudios de S. Ullman en *Grundzüge der Semantik* (1948)⁹⁰, confiesa su decepción por el método de Barr. ¿Cómo puede aplicarse a la hermenéutica bíblica la semántica formal postulada por éste? En su opinión, Barr propugna un método lleno de deficiencias y contradicciones. Al intentar sustituir el sistema de Boman o Kittel, ha cambiado una doctrina del lenguaje de cuño filosófico profundo por

⁸⁹ Cf., por ejemplo, B. S. Childs, en *JBL* 80, 1961, 375 (reseña).

⁹⁰ Friedrich parece prestar poca, o nula, atención a la semántica estructural francesa.

otra meramente positivista. Y esto tampoco parece un punto de vista correcto a la hora de aplicarlo a la Biblia⁹¹.

A pesar de las críticas suscitadas, no nos cabe duda que J. Barr ha prestado con su libro un excelente servicio. Su trabajo ha luchado eficazmente contra la hermenéutica atomizada de la «palabra» en pro de una interpretación contextual. Barr ha causado un impacto de sacudida. A partir de él, los exegetas son más prudentes.

§ 42. Tras el durísimo ataque de Barr al *magnum opus* de Kittel, aparece la obra de D. Hill, *Greek Words and Hebrew Meaning. Studies in the Semantics of soteriological Terms*. (Cambridge, 1967). En las páginas introductorias, Hill encasilla al griego del NT en la línea de Gehmann, Turner y Black (§§ 3-57) y atribuye casi exclusivamente al influjo de los LXX la impronta especial que le caracteriza (línea de Wifstrand, Sparks, Tabachovitz, cf. §§ 27 ss.). Luego defiende su método de trabajo. A pesar de las diatribas de Barr, el sistema del *ThWNT* le parece razonable y justo. Los argumentos de aquél, empero, le han hecho proceder con mayor cautela e intentar una mejora, en lo posible, del sistema. Por ello, en su estudio semántico, se fija no sólo en la palabra en sí, sino en el contexto, sentido del capítulo, párrafo, obra completa incluso y en el contexto sociocultural más amplio.

Aparte del valor intrínseco de su trabajo en sí (poner al día unos artículos importantes del *ThWNT*, con más de cincuenta años de existencia, aportando nuevos materiales e interpretaciones), aquí nos interesan sus principios básicos de metodología. En todo estudio semántico sobre el griego del NT hay que tener en cuenta los siguientes seis principios fundamentales (pp. 18-22): 1) la palabra en sí misma es objeto propio de investigación, puesto que es portadora de un contenido semántico; 2) el contexto, también el histórico, ha de ser tenido en consideración; 3) hay que tener en cuenta el significado de los equivalentes hebreos del AT (consideración del contexto y trasfondo semítico del griego del NT); 4) de igual modo, los equivalentes en la producción literaria de Qumrán; 5) no hay

⁹¹ Otro artículo del mismo autor, en defensa del *ThWNT*, «Semasiologie und Lexikologie», *ThLZ* 94, 1969, 801 ss. Cf. también el breve artículo de E. Schweizer, «Die Sprache des NT in der Sicht heutiger Wissenschaft», *Universitas*, Stuttgart (ed. alemana), 1973, 849 ss.

que exagerar la posibilidad de que los términos griegos judaizantes no fueran comprendidos por los oyentes gentiles; la diferencia de significado entre lo pretendido por el autor y lo realmente captado por el lector (griego) es menor de lo que se piensa; tales vocablos «equívocos» se encuadraban dentro de un contexto que los precisaba; 6) el método en sí del *ThWNT* puede mejorarse sin salirse de él: no cometer el error de poner un énfasis excesivo en las etimologías y no permitir que los presupuestos teológicos dominen la interpretación exegética.

Hill hace un especial hincapié en la labor indispensable del filólogo en estos campos. Los estudios lexicográficos son anteriores a cualquier especulación de teología bíblica. Primero es la labor del filólogo, luego la del teólogo. Hay que presentar la evolución en el uso y significado de los términos bíblicos antes de ofrecer una afirmación teológica de síntesis (p. 300)⁹².

⁹² He aquí algunas voces autorizadas que recaban la labor del filólogo en estos campos del NT (cf. nota 51). C. F. D. Moule, en *The Language of the NT* (Cambridge, 1952): una lección inaugural densa y programática). Tras caracterizar brevemente el «griego cristiano» del NT (con algunos rasgos sintácticos muy peculiares), insiste en la necesidad de estudios analíticos sobre la lengua del NT, que sólo puede realizar un filólogo. A título de muestra indica cómo materias aparentemente inimportantes (un estudio de la utilización del artículo definido, por ejemplo) acarrea grandes consecuencias en la interpretación teológica. Igualmente, la profundización en la estilística del NT (cf. § 54). Los 115 ejemplos de nuevas traducciones o mejoras del texto que, en su día, propuso E. J. Goodspeed (Chicago, 1945: *Problems of NT Translation*) eran como una prueba de lo que podía aportar un filólogo a la comprensión del NT. H. Schürmann, en «Die Sprache des Christus. Sprachliche Beobachtungen an den Synoptischen Herrenworten» (*BZ* 2, 1958, 54-84), reeditado en *Traditionsgeschichtliche Untersuchungen zu den Synoptischen Evangelien*, Düsseldorf, 1968, 83 ss., efectúa una serie de observaciones lingüístico-filológicas sobre las particularidades del modo de hablar de Cristo. La filología determina la cristología. Un estudio a fondo de las 42 peculiaridades del lenguaje de Cristo permite ofrecer otro fundamento objetivo más a la búsqueda de las «ipsissima Verba Jesu» (cf. § 38). N. Turner, en «Philology in NT Studies» (*ExTimes* 71, 1959, 104 ss.), insiste en el campo que aún le queda a la filología, como un estudio más profundo de los papiros imperiales, de la koiné literaria, lexicografía, etc. E. Güttgemanns, *Offene Fragen zur Formgeschichte des Evangeliums* (München, 1970, 48), dentro del marco de los estudios sinópticos, exige una rigurosa base filológica. Es el fundamento de toda ciencia del espíritu, opina, puesto que ésta reposa sobre textos, portadores y medios de comprensión. Últimamente, el estructuralismo ha penetrado con éxito en el análisis semántico, textual y exegético del NT griego. Sobre este punto puede verse: F. Bovon, R. Barthes y otros, *Analyse Structurale et Exégèse biblique* (Neuchâtel, 1971; especialmente la introducción, 10 ss.); X. Léon-Dufour, *Exégèse et Herméneutique* (París,

§ 43. En el campo más restringido de la pura lexicografía tenemos que reseñar tres obras importantes, de R. Morgenthaler y X. Jacques. El primer trabajo de Morgenthaler señala perfectamente su contenido en el título: *Statistik des neutestamentlichen Wortschatzes* (Zürich, 1958). El autor ha recogido las 5.400 palabras del NT griego⁹³ y las ha ordenado bajo diversos epígrafes de combinaciones estadísticas. Aparte de señalar el número de veces que un vocablo determinado aparece en cada libro del NT (y en los LXX) encontramos una serie de tablas de frecuencias lexicográficas en una abundancia inusitada hasta el momento. De gran interés son, por ejemplo, las estadísticas sobre el empleo de vocablos especialmente frecuentes, de palabras-préstamo, del uso de preposiciones (o de verbos con preverbios), de vocablos con ciertos prefijos, etc. Otras tablas muestran las variadas combinaciones en la distribución de los vocablos, por ejemplo en Mt y Mc; en Lc y He; en Mc-Lc; en Lc-Pablo, etc. Como características de ciertos rasgos de estilo valen las estadísticas de términos predilectos en cada autor y el orden en la frase de los grupos más comunes de palabras. Para caracterizar el griego del NT son útiles especialmente las tablas de términos comunes de éste con el griego precristiano, vocablos específicos del NT, o que éste comparte con los LXX y escritores cristianos posteriores, etc.

Este tipo de trabajo es un hito, sin duda, en la lexicografía del NT. Es una gran ayuda en la investigación de problemas de crítica literaria, de fuentes y autenticidad; sirve para situar diversos estratos de la tradición o para captar las peculiaridades teológicas de un autor determinado.

Hoy día, sin embargo, la crítica en general no acoge con un entusiasmo desmedido el método estadístico para dilucidar los can-

1971); U. Gerber - E. Güttgemanns, *Glauben und Grammatik. Theologisches 'Verstehen' als grammatisches Textprozess* (Bonn, 1973). El libro de J. Blich, mencionado en § 23, es un excelente fruto de esta tendencia. Otros ejemplos de análisis estructuralista: L. Marin, «Essai d'analyse structural d'un récit-parabole: Mt 13, 1-23», en *ETH et Rel.* 46, 1971, 35 ss.; o E. Güttgemanns, en «Linguistische Analyse von Mk 16, 1-8», en *Linguistische Theologie* (Bonn², 1975), 59 ss. El número 28 (1974) de la revista *Interpretation* está íntegramente consagrado al tema.

⁹³ El texto base es la ed. 21 de Nestle-Aland (*Novum Testamentum graece*). El autor se basa en las Concordancias de Moulton-Geden y el *Wörterbuch* de W. Bauer (cf. notas 98 y 86).

denes problemas de autenticidad⁹⁴. No se puede prescindir de él, pero no se le otorga un valor decisivo.

El autor mismo introduce al lector en el uso de sus estadísticas y le acompaña en la posible resolución de ciertos problemas. Por ejemplo, la autenticidad de Mc 16, 9-10. En honor a la verdad, el mismo Morgenthaler no sobrevalora las posibilidades del método. Es consciente, junto con la crítica, que los vocablos aislados, sin la atención debida a los matices de empleo, no conducen, muchas veces, a resultados satisfactorios. En cuestiones estilísticas, como ha señalado R. Schnackenburg (cf. nota 94), el método tiene serias lagunas. Sería necesario tabular —y eso parece casi imposible— las combinaciones de palabras tan características en cada autor. Otro desideratum sería unas tablas de ciertos vocablos extraordinariamente frecuentes pero con significados diversos (πατήρ; πνεῦμα por ejemplo). A pesar de estas u otras limitaciones, nadie resta méritos a lo que aporta de exactitud y fundamentación lexicográfica esta primera obra del profesor suizo.

§ 44. Su segunda obra, *Statistische Synopse* (Zürich, 1971), más voluminosa y compleja, aplica el método estadístico al espinoso problema de la cuestión sinóptica. El autor divide su libro en cuatro partes. En la primera orienta al lector en la problemática de una sinopsis. A este propósito discute intentos anteriores en este campo, de J. J. Griesbach, J. Weiss, W. G. Rushbrooke, A. Barr, B. de Solages y W. R. Farmer. En la segunda, divide el texto de los evangelios sinópticos en cuatro categorías: la tradición de Mc, la fuente «Q», Mc y «Q» y las fuentes peculiares a cada evangelista («S»). En cada perícopa cuenta y clasifica, palabra por palabra, incluso dividiendo los versículos según crítica literaria. En el extremo de la derecha ofrece unas tablas sobre las concordancias verbales de los otros dos evangelistas que son también en el momento el centro de la atención.

Estos mismos datos se codifican en otras tablas desde diversos puntos de vista. Así, por ejemplo, en el caso de la tradición de Mc y Q, separa y analiza los dobles. En la tradición especial de

⁹⁴ Cf. la reseña de R. Schnackenburg, en *BZ* 4, 1960, 156 ss.

Mc (SMc) el autor añade tablas adicionales de las posibles referencias a esta tradición en Mt y Lc.

Los datos codificados son muy abundantes. El lector apresurado se verá en dificultades para utilizarlos. Pero con un poco de práctica, las tablas le ahorrarán un tiempo precioso en múltiples trabajos. Por ejemplo: en un golpe de vista, el lector sabe que en la tradición marcina existen 112 sentencias exclusivas. Salvo 25, se encuentran dispersas en forma de sentencias aisladas. El resto se encuentran en cinco perícopas determinadas con su encuadre especial, etc.

En la tercera parte, Morgenthaler trata, con enorme profusión de diagramas, fenómenos de orden: a) orden de palabras en las frases; b) orden de las frases en las perícopas; c) orden de las perícopas. Al final de esta parte el lector puede visualizar el contenido de cada evangelio, versículo por versículo, según las diversas tradiciones. En la parte cuarta, finalmente, aplica este cúmulo de datos a la solución del problema sinóptico⁹⁵.

La crítica ha acogido, en general, satisfactoriamente la obra de Morgenthaler. Tenemos que notar, sin embargo, una puesta a punto, un tanto desfavorable, a cuenta de W. R. Farmer, uno de los autores cuya obra criticaba Morgenthaler en la primera parte⁹⁶. Farmer alaba la *akribia* y el enorme mérito del profesor suizo al ser el primero en tabular y categorizar una serie de datos imprescindibles. Pero, en su opinión, Morgenthaler ha agrupado y reorganizado los datos según una solución *preconcebida* del problema sinóptico⁹⁷, resuelto ya *a priori* con la teoría (modificada) de las «dos fuentes». Por otro lado, no convencen a Farmer los presupuestos de Morgenthaler en la modificación misma de aquella teoría clásica. Es verdad,

⁹⁵ Para Morgenthaler la solución del problema sinóptico es la vieja teoría de las «dos fuentes», aunque modificada: Mt y Lc tienen ante sus ojos a Mc y «Q», pero, además, Lc utiliza también profundamente a Mt.

⁹⁶ «A Response to R. Morgenthaler's Statistische Synopse», *Biblica* 54, 1973, 417 ss.

⁹⁷ Cf. nota 9. La tradición que se encuentra en Mc-Mt-Lc es marcina. Por ello, Mc-Lc y Mc-Mt no tienen tablas aparte. Morgenthaler incluye ya *a priori* este material en la tradición marcina. Respecto a la tradición particular de cada evangelista (S), Morgenthaler ha construido unas tablas para S-Mc en Mt y S-Mc en Lc. No ha confeccionado, empero, las tablas correspondientes a «S» en Mt y Lc por separado. Eso supone, según Farmer, una construcción de la *Synopse* según la teoría de las «dos fuentes».

acepta Farmer, que el autor de la *Synopse* ha profundizado, como ninguno hasta el momento, en las concordancias idiomáticas de Mt y Lc para demostrar el uso del primero por el segundo. Pero precisamente, si se demuestra por la lexicografía, que Lc utilizó tan a fondo a Mt... se deduce que no hace falta ni suponer la prioridad de Mc ni la existencia misma de la fuente «Q», con lo que salta en pedazos la teoría de las «dos fuentes».

Pero no vamos a continuar con esta discusión que nos apartaría de los cauces del trabajo presente. Basta con que el lector perciba en amplitud la posible trascendencia ideológica de un mero estudio lexicográfico.

§ 45. Queremos señalar, por último, la aparición de una ayuda excelente que completa las concordancias y diccionarios del NT. Se trata del *Index des mots apparentés dans le NT* (Roma, 1969) de X. Jacques. El libro responde al deseo, tantas veces experimentado por el que ha manejado unas concordancias, de tener también a mano todos los vocablos emparentados con el que ocupa su atención en un momento determinado. En una ordenación estrictamente alfabética, un simple prefijo basta para alejar irremisiblemente dos palabras que se complementan e iluminan mutuamente. Por otra parte, el *ThWNT* de Kittel, en el encabezamiento de cada artículo, no presenta más que una selección limitada e incompleta de términos emparentados.

El autor se ha preocupado de agrupar palabras en un sentido amplio. La identidad de raíces o radicales, la utilización de un mismo prefijo, todo, en suma, lo que pueda servir de ligazón ha constituido la base para este agrupamiento. El autor indica también, al final de cada artículo, otras palabras no estrictamente emparentadas según los criterios anteriores, pero que pueden arrojar alguna luz.

Los textos base sobre los que ha trabajado Jacques son las concordancias de W. F. Moulton - A. S. Geden⁹⁸ y la de C. H. Bruder⁹⁹. Esto significa que el *Index* recoge tan sólo las variantes marginales de la edición del NT de Wescott-Hort y algunas de Tischendorf. Es

⁹⁸ *A Concordance to the Greek Testament*, 4th Ed. revised by H. K. Moulton, Edinburgo, 1963.

⁹⁹ *Tamieion sive concordantiae omnium vocum Ni Ti graeci*, Göttingen, 1904.

una limitación, aunque pequeña. A pesar de ello, el *Index* es una estupenda aportación a la lexicografía del NT y futuros estudios de semántica. Sugeriríamos, para completar lo que ofrece Jacques, un uso simultáneo de su *Index* con la *Wortstatistik* de Morgenthaler.

V. INCIDENCIAS DE LOS ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS EN EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO DEL NT

§ 46. Casi como una continuación de la idea con la que concluíamos el § 44, debemos mencionar en este apartado las posibles modificaciones que el texto *standard* del NT griego puede sufrir como impacto directo no de estudios de crítica textual, sino de trabajos lingüísticos no concebidos, a veces, con ese fin.

Dentro de las conclusiones del *Aramaic Approach to the Gospels* de M. Black (cf. § 32) hay un amplio apartado sobre el «problema textual». Black opina que es posible una «conclusión definida» de su trabajo en materia de crítica textual. El estudio de los semitismos en los evangelios y *Hechos* ha puesto de relieve, opina, las capas más antiguas de la tradición sobre Jesús, teñidas, en el griego actual, por el trasfondo arameo. Ahora bien, el Codex Bezae Cantabrigensis (D) conserva la impronta de construcciones peculiares arameas inexistentes en el Vaticanus y Sinaiticus (la base de las ediciones de hoy). D, por tanto, «tiene derecho a ser considerado en su totalidad, y ciertamente en los lugares donde afloran tales semitismos, como representante de un tipo textual más primitivo» (p. 277). El Codex Bezae ha conservado rasgos de un período textual fluido anterior a nuestras grandes recensiones. De ahora en adelante, en su opinión, las futuras ediciones del texto griego neotestamentario han de tener en cuenta este hecho incontrovertible (p. 280)¹⁰⁰.

La obra de M. Wilcox (cf. § 36) sobre los semitismos de los *Hechos de los Apóstoles* aboca a la misma conclusión. El autor no desprecia «los métodos usuales de la crítica textual», pero opina que debe prestarse mayor atención «a las lecturas individuales, semitizantes, de D y sus satélites». Su investigación lingüística le lleva

¹⁰⁰ Cf. la nota 69; tales semitismos podrían ser siriacismos.

a estimar aún más el llamado «método ecléctico»¹⁰¹ en la crítica textual del NT (p. 185).

§ 47. Es precisamente G. D. Kilpatrick el más acérrimo defensor e impulsor de este «método ecléctico». El sistema se base en criterios ideológicos que reposan, en gran parte, en estudios sintácticos y estilísticos en cada autor. La obra clave donde se plasman sus resultados es el *Greek-English Diglot for the Use of Translators*¹⁰². Kilpatrick apela frecuentemente también al 'criterio del aticismo' a la hora de tomar una decisión textual. En su opinión¹⁰³, los escribas del siglo II introdujeron muchos aticismos en el texto del NT. Por consiguiente, a la hora de escoger entre dos lecturas posibles, hay que decidirse por la no conforme con los cánones áticos¹⁰⁴. Éste es uno tan sólo de los diversos principios, relacionados con la lengua, que una investigación cuidadosa puede aún revelar¹⁰⁵.

Dentro de este apartado, pero justamente con una metodología inversa, debemos señalar el artículo de M. E. Boismard, «Importance de la critique textuelle pour établir l'origine araméenne du quatrième évangile», en *L'Évangile de Jean: Études et Problèmes* (Louvain, 1958, 41-57); Boismard sigue una idea de Black: las va-

¹⁰¹ Es decir, la elección de cada variante textual por sí misma, por criterios internos (*lectio difficilior, brevior*, motivos teológicos, etc.), prescindiendo de criterios exteriores tales como antigüedad, procedencia geográfica y número de testigos manuscritos.

¹⁰² Publicado por la British and Foreign Society para la circulación privada de sus miembros (Mc, 1958; Mt, 1959; Jn, 1960; *The General Letters*, 1961; Lc, 1962; *Pastoral Letters and Hebrews*, 1963; etc.).

¹⁰³ «Atticism and the Text of the Greek NT», en *Neutestamentliche Aufsätze. Festschrift für Prof. J. Schmid*, Regensburg, 1963, 125 ss.

¹⁰⁴ Cf. una serie de interesantes ejemplos en B. M. Metzger, *The Text of the NT*, Oxford, 1968, 178. Para una crítica de los métodos de Kilpatrick, cf. H. K. Moulton, «The Present State of NT Textual Criticism», *Bib. Trans.* 16, 1965, 196 ss.

¹⁰⁵ Cf. art. «Atticism...» (n. 101), pp. 136-137. Otros interesantes artículos de Kilpatrick sobre la influencia de estudios lingüísticos en el establecimiento del texto, «Some Problems in NT Text and Language», en *Neotestamentica et Semitica. Studies in honor of M. Black* (Uppsala, 1969), 198-208; «Some Notes on Johannine Usage», *Bib. Trans.* 11, 1960, 1 ss.; «Some Notes on Marcan Usage», *Bib. Trans.* 10, 1959, 1 ss.; «What John tells us about John», *Sup. NT* 24, 1970, 75 ss.; «Language and Text in the Gospels and Acts», *Vig. Christ.* 24, 1970, 161 ss. (de acuerdo con Black y Wilcox respecto al Codex Bezae § 46).

riantes textuales son un campo fértil para establecer la teoría de una fuente aramea. Tales variantes son muestra de una mala traducción del arameo. La idea es antigua, desde Torrey (cf. nota 24), pero Boismard la completa con citas de las versiones antiguas y de los Padres.

VI. LA ENSEÑANZA DEL GRIEGO DEL NT

§ 48. Desde la segunda guerra mundial ha crecido enormemente el interés y la reflexión de los docentes, especialmente de lengua inglesa, sobre problemas, métodos y confección de gramáticas adecuadas para la enseñanza del griego neotestamentario. Una lista simple, de seguro incompleta, de las obras con fines pedagógicos aparecidas en los últimos treinta años es realmente sorprendente¹⁰⁶. Aquí vamos a mencionar sólo unas pocas.

En primer lugar, queremos señalar los trabajos del tipo «preparación escolar». Es decir, los que desmenuzan el texto del NT, palabra por palabra, morfológicamente, añadiendo una posible traducción y comentando, a veces, ciertas peculiaridades sintácticas.

¹⁰⁶ He aquí las que hemos recogido y que no comentamos en el texto: A. W. Argyle, *An Introductory Grammar of NT Greek with Exercises* (Nueva York, 1966); M. Carrez-F. More, *Cours de langue grec du NT* (Neuchatel-Paris, 1970); 2.^a ed. aumentada con ejercicios y plan de trabajo, Paris-Neuchatel, 1972; S. A. A. Cartledge, *A Basic Grammar of the NT Greek* (Grand Rapids.-Mich., 1959); E. C. Colwell-E. W. Tune, *Kathōs eme ēgapēsas. A Beginner's Reader-Grammar for NT Greek* (Nueva York, 1965); H. E. Dana-J. R. Mantey, *A Manual Grammar of the Greek NT* (Nueva York, 1957); J. Dey, *Schola Verbi. Lehrbuch des neutestamentlichen Griechisch*, Münster², 1970; B. Fuerst, *A Reading Course in Greek, Book I* (St. Meinrad, Ind. Usa, 1953); T. R. Glover, *The Challenge of the Greek* (Cambridge, 1942); E. V. N. Goetchius, *The Language of the NT* (Nueva York, 1966); J. H. Greenlee, *A Concise Exegetical Grammar of NT Greek* (Grand Rapids, 1963); D. F. Hudson, *Teach Yourself NT Greek* (Nueva York, 1970); E. G. Jay, *NT Greek: An Introductory Grammar* (Londres, 1960); W. Mueller, *Grammatical Aids for Students of NT Greek* (Grand Rapids, 1972); H. P. V. Nun, *A Short Syntax of NT Greek* (Cambridge, 1951); J. M. Rife, *A Beginning Greek Book based on the Gospel according to Mark* (New Concord, Ohio, Usa, 1946); W. E. Steuermann, *Aids for the Beginner in NT Greek* (Tulsa, 1945); W. E., Vine, *NT Greek Grammar* (Londres, 1956); J. Warns, *Lehrbuch des neutestamentlichen Griechisch* (Giessen-Basel, 1964); M. Whittaker, *NT Greek Grammar* (Londres, 1969).

Conocemos tres, aunque la primera sólo por referencias: *A Parsing Guide to the Greek NT, compiled by* N. E. Han (Scottsdal, 1971); *Analysis Philologica Novi Testamenti* de M. Zerwick (1.^a ed., Roma, 1953)¹⁰⁷, y *Sprachlicher Schlüssel zum griechischen Neuen Testament* de F. Rienecker (Basel¹⁰, 1963). Para el lector español, la más útil, sin duda alguna, es la de Zerwick. Tiene, además, la ventaja sobre la de Rienecker que atiende en mayor grado a los posibles semitismos y reenvía, para cuestiones de sintaxis, a las aclaraciones de *Graecitas Biblica* (cf. § 17). Con este tipo de ayudas, hasta los menos versados en griego pueden adentrarse en el idioma original del NT¹⁰⁸.

Otro tipo de ayudas escolares atienden a la ordenación eficaz de la labor memorizadora del alumno. En castellano tenemos el excelente trabajo de M. Guerra Gómez, *El Idioma del NT. Diccionario estadístico y ambientación lingüística, cultural y teológico del griego bíblico* (Burgos, 1969). El autor expone al principio una serie de normas metodológicas para el aprendizaje del vocabulario del NT. Sigue luego el diccionario estadístico basado en los resultados de Morgenthaler (cf. § 43), dividido según el orden de frecuencias de los vocablos en el NT. La segunda parte del trabajo es bastante elemental, debido probablemente a la escasez de páginas disponibles. El mismo sistema de ordenación por frecuencias siguen las

¹⁰⁷ En 1974 ha aparecido el vol. I (*Gospels and Acts*) de una adaptación a la lengua inglesa por M. Grossvenor (Roma). Como novedades hay que señalar: ya no utiliza el texto de A. Merk, sino el de la United Bible Society (más cercano al Nestle-Aland); señala más ampliamente puntos donde existe controversia en exégesis por cuestiones sintácticas y añade un glosario de términos técnicos gramaticales.

¹⁰⁸ Una contrapartida de estas preparaciones escolares son los «Translators Handbooks» (de la serie «Helps for Translators» de la United Bible Society); de Mc por R. G. Bratcher y E. A. Nida (Leiden, 1961); de Lc por J. Reilling y J. C. Wellensgrebel (Leiden, 1971). Naturalmente, estas obras no son para principiantes. Su finalidad no es reemplazar los comentarios, sino ofrecer, versículo por versículo, cuantos detalles de sintaxis, estilística, crítica textual, etc. sean de interés para los traductores. Otros volúmenes de la serie son: *A New Testament Word Book for Translators. I Some Exegetical Articles in preliminary Form* (Nueva York, 1964) de R. G. Bratcher; *II Some Translational Articles in Preliminary Forms* (Nueva York, 1966) de E. A. Nida y Ch. R. Taber-E. A. Nida, *The Theory and Practice of Translation* (Leiden, 1969). Hay que observar, empero, que las obras de Nida se basan en el principio de las «equivalencias dinámicas» de unos conceptos a otros en diversas lenguas y no en un afán de exacta literalidad. Como el método puede adolocer de subjetivo, se presta a constantes contradicciones.

obras de B. M. Metzger ¹⁰⁹, W. Barclay ¹¹⁰, C. Morrison - D. H. Barnes ¹¹¹ y R. F. Edell ¹¹².

§ 49. Por último, queremos hacer mención expresa de algunos volúmenes que encajan dentro del epígrafe general de «gramáticas» (salvo el de Colwell-Mantey; cf. después). La obra de J. W. Wenhan, *The Elements of N. Testament Greek* (Nueva York, 1965) presenta como novedad el no imprimir ningún acento en los textos o vocablos griegos. Quizá la razón estribé en que los principiantes no se fijan en ellos. Pero esto nos parece intolerable pedagógicamente. Tampoco es argumento el que nuestros grandes unciales no los tengan. Si este principio fuera válido tendríamos que imprimir nuestros textos escolares en *scriptio continua!*

La obra de A. Springhetti, *Introductio historico-grammatica in graecitatem Novi Testamenti* (Roma, 1966) tiene como objetivo la preparación en griego bíblico de los interesados en la teología y exégesis del NT. El autor insiste en la importancia del estudio lingüístico para la recta comprensión y hermenéutica del texto. Lo más interesante es la aplicación práctica del principio (pp. 13-92), donde el autor presenta múltiples errores de traducción de la Vulgata latina. Es también interesante el puesto que Springhetti concede a la evolución semántica y al propio impulso vital de la lengua griega en la derivación, composición y préstamos. Es un buen libro escolar, por la multitud de ejemplos, como iniciación a la exégesis.

Un intento, quizás no muy logrado, pero importante por lo que representa de labor interdisciplinaria, es el libro de L. Luntz, K. Roesk y H. Ruhbach, *ΕΚΛΟΓΑΙ. I y II. Einführung in das neutestamentliche Griechisch mit einem Anhang ausgewählter Platontexte. Mit exegetischer Erklärung von O. Böcher, K. Haack, E. Kamlich y H. Seesemann*. He aquí la labor conjunta de siete autores, tres filólogos y cuatro teólogos. Con cinco horas a la sema-

¹⁰⁹ *Lexical Aids for Students of NT Greek*, Princeton, 1969.

¹¹⁰ *A New Testament Word Book*, Londres, 1956.

¹¹¹ *NT Word Lists for Rapid Reading of the Greek NT*, Grand Rapids, 1966.

¹¹² *Griechisch-Deutsches Vokabel- Lern- und Repetitionsheft der 1132 zehnmal und öfters im NT enthaltenen Wörter geordnet nach der Häufigkeit ihres Vorkommens*, Marburg, 1968. Del griego del evangelio de Jn solamente: J. A. Walters, *New Testament Greek Workbook*, Chicago, 1960.

na, en seis meses, los autores creen que un estudiante bien dispuesto puede llegar a un conocimiento aceptable del griego bíblico. Los textos de Platón sirven para ilustrar la diferencia entre la koiné y el ático. El método no utiliza una gramática sistemática, sino que la explica según la exigencia de los textos (280 breves pasajes del NT, 19 de los LXX y 19 páginas de Platón). En un tomo aparte, glosario de vocablos y paradigmas.

En esta dirección nos parece interesante el libro de E. C. Colwell y J. R. Mantey, *A Hellenistic Greek Reader. Selections from the Koine of the NT Period with Vocabulary and Notes* (Chicago, 1939). Los autores ofrecen los textos que pueden ayudar para una comprensión más profunda de la lengua neotestamentaria. Aparte de pasajes selectos del NT y los LXX (éstos según la clasificación de escrituras y estilos de H. St. J. Thackeray¹¹³), los autores presentan textos de Diodoro, Estrabón, Epicteto, 10 papiros no literarios, los capítulos finales del apócrifo Henoch griego y otro material suplementario (Filón, Josefo, Ignacio de Antioquía, *Didaché*, Clemente de Roma y Justino).

Los que no se atrean con el denso tomo de Blass-Debrunner (cf. § 19) pueden servirse del trabajo de G. Steyer, *Handbuch für das Studium des neutestamentlichen Griechisch. I Formenlehre; II Satzlehre* (Berlín, 1962-1968), que sigue prácticamente a la obra clásica, salvo pequeñas variantes¹¹⁴.

§ 50. El intento más original en el campo de la didáctica del griego bíblico es quizás la obra de R. W. Funk (cf. § 19) *A Beginning-Intermediate Grammar of Hellenistic Greek* (Missoula; Montana, 1973). El título es, sin embargo, engañoso, porque el autor se ciñe práctica y exclusivamente al griego del NT (salvo algún texto de los LXX y la *Didaché*). Funk intenta que el alumno comprende el griego racionalmente, penetrando en las estructuras de la lengua. El principiante no debe verse obligado a memorizar al comienzo sin ton ni son. Habrá de aprender simplemente a distinguir las formas diversas de la lengua por los signos distintivos de los vocablos y la frase («structure signals»). Luego, cuando sea capaz de reco-

¹¹³ Cf. nota 45.

¹¹⁴ Por ejemplo, la introducción de un «aoristo sacro» y supresión del «aoristo gnómico».

nocerlos, vendrá la labor de memorización en algunos puntos fundamentales e imprescindibles. El método estructural se aplica desde el aprendizaje del alfabeto, la fonética y la ortografía hasta el momento en el que, al cabo de 62 lecciones, el alumno haya adquirido una «proficiencia moderada en la lectura a primera vista» (p. XXV). En la parte primera, morfológicamente, los vocablos se dividen según su carácter (sistema nominal, sistema verbal, con o sin estructura flexiva, invariables, etc.). En la segunda el alumno habrá de estudiar las relaciones sintácticas estructurales que se establecen entre los vocablos.

La demasiada preocupación por exponer y defender el sistema no tradicional puede recargar y entorpecer el camino. Algunos críticos de primera hora se han preguntado si los resultados obtenidos por un análisis descriptivo y riguroso constituyen necesariamente los elementos que más facilitan el aprendizaje a los principiantes, y si ese notable esfuerzo de sistematización es una ayuda *real* para el alumno. Parece, empero, necesario dejar que pasen los años y hablen los resultados reales de la experiencia en los alumnos de lengua inglesa. Entonces sería el momento de intentar una adaptación o crear un sistema parecido. De todos modos, aunque no se siga al pie de la letra el método, todo aquel que enseñe griego bíblico debería sin duda echar una ojeada a esta gramática... sin arredrarse por el aparatoso volumen de su presentación¹¹⁵.

§ 51. En este apartado de la pedagogía debemos situar algunas modestas aportaciones españolas en el campo del griego bíblico. Ya hemos mencionado el trabajo de Guerra Gómez (§ 48). A. Vidal Cruañas (*Gramática breve del griego bíblico*, Madrid, 1962) y M. Martín Sánchez (*Griego bíblico. Compendio de las variaciones más notables del griego del Nuevo Testamento* (Zamora, 1961) han compuesto dos obritas —de 30 y 32 páginas respectivamente— que presentan una síntesis de signos distintivos del griego neotestamentario para aquellos que ya conocen el clásico. Labor más amplia, en la misma línea, es la de I. Errandonea, *Epítome de gramática griego-*

¹¹⁵ Para el caso raro de un lector español que quisiera iniciarse en la lengua original del NT —sin poscer de antemano ninguna noción de griego clásico— le recomendaríamos el *Teach Yourself NT Greek* de Hudson o la *Grammaire de Carrez* (nota 106).

bíblica (Barcelona, 1950), traducida de la cuarta edición latina. La obra es buena, como salida de la pluma de un reconocido helenista. M. Zerwick se acepta deudor de Errandonea en diversos puntos de su *Grecitas Bíblica* (§ 17).

El libro de C. Eseverri Hualde (*El griego de San Lucas*, Barcelona, 1963) es también una obra de mayor envergadura que las de Vidal Cruañas y Martín Sánchez. La parte introductoria ofrece al lector los rasgos comúnmente aceptados en el estudio de la koiné. Son particularmente interesantes los capítulos sobre «vulgarismos» de la koiné y semitismos del NT. También el de las peculiaridades del lenguaje lucano. Eseverri ha editado un texto *standard* de Lc, pero lo ha provisto de un buen comentario filológico, amén de exegético, línea a línea. El autor intenta no sólo ilustrar las páginas de Lucas, sino ofrecer, a la vez, un instrumento de aprendizaje práctico para iniciarse en el griego del NT.

.....

§ 52. Al terminar nuestra panorámica general no estará de más volver la vista atrás y deducir algunas consecuencias de nuestro periplo. La primera constatación es sencilla y quizás sorprendente: existen apenas resultados globales concretos comúnmente aceptados ni posturas definitivamente adquiridas. La reacción, empero, contra la línea unilateral de Deissmann es algo bastante asentado con la excepción posible de Barr (§ 40)¹¹⁶. También existe un cierto consenso en valorar más el sustrato semítico a la hora de encuadrar genéricamente la lengua del NT. Pero en este mismo consenso se diversifican las opiniones. Sigue en pie, en el fondo, la antigua controversia entre «puristas» y «hebraístas». Los primeros se han encarnado hoy en los partidarios a ultranza de un deissmanismo suavizado, de una caracterización de la lengua del NT como koiné verdadera, aunque no ya «vulgar» o «coloquial», sino «intermedia», es decir, con ciertos atributos literarios o de prosa científica. Los segundos representarían a los fautores, también a ultranza, de la «tesis aramaísta» o la insistencia en el carácter «único» del griego

¹¹⁶ Cf. las reflexiones de N. Fernández Marcos en el artículo «En torno al estudio del griego de los cristianos», *Emerita* 41, 1973, 45 ss.

del Nuevo Testamento y su parentesco con una posible jerga grecojudía hablada aún en el siglo I de nuestra era.

Existe también una «*tertía via*» entre los «helenistas» y «aramaístas», los que defienden un «griego bíblico» totalmente griego, pero con abundancia de semitismos «secundarios». Con otras palabras: esos pretendidos «semitismos» no son, estrictamente, tales, sino imitaciones conscientes del lenguaje sacral de los LXX.

La diferencia con la controversia de los siglos XVII y XVIII radica en que hoy las posturas no son, generalmente, tajantes. Las fronteras permanecen borrosas. Sólo que cada escuela, o investigador aislado, insiste algo más que los otros en un aspecto, innegable sin duda, de ese complejo que es el griego del NT. Pero ha llegado ya el momento, creemos, de abandonar las estériles discusiones de «*encuadre*». Reconozcámoslo: las tres posturas, llevadas al extremo, son irreconciliables. Pero las tres tienen su parte de razón. La lengua del NT es un producto mixto de la helenización de una tradición originariamente aramea, llevada a cabo por unos escritores de una cultura superior a la vulgar. Varios de ellos eran bilingües, y todos, sin excepción, conocían de memoria a los LXX. Así se explicaría: a) el griego correcto de muchos pasajes; b) el indudable «griego de traducción» en los lugares donde se quiso respetar al máximo un *logion* arameo de Jesús o de un apóstol; c) los semitismos inconscientes debidos a un forzamiento involuntario de la sintaxis griega, por efecto residual de la lengua materna; d) los usos extraordinariamente frecuentes de tal o cual construcción griega, rara en el período clásico, porque se parecía de hecho a otra análoga de la lengua semítica materna; e) los pasajes con un color netamente septuagintístico. Lo que se ha de hacer hoy es encuadrar cada pasaje, perícopa o versículo en cada uno de estos apartados, pero no tratar de forzar un conjunto heterogéneo, como lo es indudablemente el Nuevo Testamento, en un casillero de tono generalizador.

§ 53. Pero, una vez admitido este complejo, las discusiones meramente gramaticales y generalizantes no nos llevarán más lejos. Un filólogo de hoy no debe perder el tiempo en «*encasillamientos*». Ha de aventurarse en la interpretación. Ha de intentar iluminar el *sentido* de un pasaje en cuestión, o de una unidad más amplia, una vez que haya aclarado, a modo de simple prenotando, si tal o

cual vocablo o construcción sintáctica ha de interpretarse a la luz de la koiné vulgar o científica, del trasfondo semítico, o a partir de los LXX.

Qué duda cabe, sin embargo, que todos los futuros estudios monográficos de morfología y fonética —donde parece que apenas pueda decirse nada sustancialmente nuevo limitándose a las 5.400 palabras del NT— serán bienvenidos. En el porvenir, empero, debemos hacer un mayor hincapié en el estudio profundo de la sintaxis, de una sintaxis que no se recrea en sus propios resultados, sino que se sabe mera base preparatoria para un estudio comphehensivo, ideológico, más profundo.

He aquí el problema radical. Para la interpretación comprensiva del texto neotestamentario es necesario un filólogo multilingüe (latín, griego, hebreo, arameo, siríaco) con amplios conocimientos históricos, sociales, culturales, de historia de las religiones, tanto del complejísimo mundo helénico como del semítico del Oriente próximo. Pero precisamente porque la adquisición de este bagaje de conocimientos es extraordinariamente difícil, no abundan quienes arrojan luz en sus escritos desde todos los ángulos requeridos. Mas, si hubiera que limitarse a una suerte de especialización forzada en un campo o en otro, nos parece que el terreno de la cultura, costumbres y trasfondo judíos ha recibido hasta ahora —en estos momentos asistimos a un renacimiento en estos estudios— menos atención cualitativamente en nuestras grandes series de comentarios científicos que el trasfondo helénico¹¹⁷. Habría, pues, que dedicarle una atención especial¹¹⁸.

¹¹⁷ Es verdad que en el campo judío poseemos el enorme comentario de Strack-Billerbeck (*Kommentar zum NT aus Talmud und Midrash* (6 vols., Berlín, 1969, comenzado en 1922). Pero esta obra es un enorme amasijo de datos tardíos sobre todo (s. III) y sin una exacta datación cronológica. Lo que ahora interesa son estudios sobre nuevo material arameo contemporáneo de los Evangelios. Por parte helenista, Leiden (Brill) publica algo parecido, el *Corpus Hellenisticum Novi Testamenti*.

¹¹⁸ En esta línea el lector podrá consultar el iluminador artículo de A. Diez Macho, «Deraš y exégesis del Nuevo Testamento», *Safarad* 35, 1975, pp. 1 ss. Un buen número de textos evangélicos, algunos aparentemente inocentes, reciben una nueva y sugestiva carga de sentido, enfocados desde las perspectivas de la exégesis, mentalidad y métodos rabínicos. Cf. también el artículo programático de A. Wikgren, «The Targums and the NT», *JR* 23, 1943, 89 ss. Muchos de sus *desiderata* se están cumpliendo.

§ 54. Contra una tentación de pesimismo, debemos afirmar que no está hecho todo aún, ni mucho menos, en el campo de la filología del NT¹¹⁹..., a pesar de la impresión descorazonadora y abrumante de la inmensa bibliografía sobre cualquier tema¹²⁰. En el campo de los estudios de estados de lengua puede iluminarse aún el griego del Nuevo Testamento —como plasmación de tendencias evolutivas de una koiné— a base de estudios comparativos, todavía sin hacer, con la lengua de otros escritores. Ya contemporáneos, por ejemplo los farmacólogos¹²¹, ya bizantinos, como Teodoro Pródromos y Malalas. En el terreno de la morfología deben efectuarse trabajos como los de Mussies (§ 25) en el resto de los escritos del NT. En el de la sintaxis, como ya hemos dicho, el vacío es aún mayor. Libros parecidos a los de Black y Wilcox faltan a partir de los *Hechos de los Apóstoles*. Están aún por realizarse estudios a fondo, comparativos, de sintaxis del NT en contraste con el material aramaico recientemente descubierto (Qumrán, Neófiti). Sintaxis completas, modernas, desde la segunda guerra mundial, tenemos solamente dos, la de Blass-Debrunner-Funk y la de Turner. El material acumulado en un buen número de artículos sobre sintaxis a partir de 1962 aún no ha sido incorporado a los hallazgos definitivos de estas dos obras fundamentales. La obra comenzada por K. Beyer no ha continuado (cf. § 35).

En el campo de la semántica, trabajos como el de D. Hill (§ 42) para poner al día los artículos menos valiosos y anticuados del *ThWNT*, no existen sencillamente. Los estudios comprensivos de estilística¹²², precisamente por su dificultad intrínseca, brillan por

¹¹⁹ También pueden aplicarse al NT las reflexiones de N. Fernández Marcos a las que aludíamos en nota 116.

¹²⁰ Por ejemplo, el campo de la crítica textual se encuentra hoy en plena conmoción. Serán necesarios muchos años de estudio, y de muchos investigadores, hasta que se valoren y aprovechen los nuevos descubrimientos de papiros, manuscritos y leccionarios. El número global de testigos textuales del NT se ha multiplicado por cinco en los últimos cincuenta años (en total, más de 5.000 mss.). Cf. E. J. Epp, «The Twentieth Century Interlude in NT Textual Criticism», *JBL* 93, 1974, 386 ss.

¹²¹ Los textos están recogidos por C. Fabricius en *Galens Exzerpte aus älteren Pharmakologen (Ars Medica. Texte und Untersuchungen zur Quellenkunde der Alten Medizin II Abt. Griech.-Lat. Mediz., Band II, Berlín, 1972)*. La idea ha sido propuesta por L. Rydbeck en el artículo citado en § 26.

¹²² El artículo de A. Wifstrand, citado en nota 11.

su ausencia. El libro de N. W. Lund, *Chiasmus in the NT A Study in Formgeschichte* (Chapell Hill, North Carolina, 1942), a pesar de sus exageraciones y defectos¹²³, fue un buen comienzo, sin seguidores. Los trabajos de lexicografía siguen incompletos. El artículo de O. A. Piper, «New Testament Lexicography. An Unfinished Task» (*Festschrift F. W. Gingrich*, Ed. by E. H. Barth, Leiden, 1972, 177-204), es toda una incitación al trabajo. La obra de revisión de L. C. McGaughy (§ 26) puede ser imitada en múltiples campos. En el terreno del análisis estructural estamos verdaderamente en mantillas. Los trabajos de E. Güttgemanns¹²⁴ no han recibido aún el refrendo de la crítica, lo que puede significar, en cierto aspecto, un campo abierto a las posibilidades.

ANTONIO PIÑERO SÁENZ

¹²³ Cf. una dura crítica en *JThS* 45, 1944, 81 ss. Recientemente sobre el mismo tema, cf. Angelico di Marco, «Der Chiasmus in der Bibel, I Teil, Beiträge zur strukturellen Stilistik», *Linguistica Biblica* 36, 1975, 21 ss.

¹²⁴ Cf. nota 92.